

TOMO LVII.

FUERA DE CONCURSO.

BIBLIOTECA PATRIA

LA CASA DE BALSAIN

POR

FEDERICO SANTANDER RUIZ-JIMÉNEZ



NOVELA

DIALOGADA

Precio: UNA PESETA

B. P.

CASA DE BALSAIN. — FEDERICO SANTANDER.

JG - 3430



LA CASA DE BALSAIN

JORGE GUILLÉN

ES PROPIEDAD

Biblioteca «PATRIA» de obras premiadas.—Tomo LVII.

LA CASA DE BALSAIN

NOVELA DIALOGADA

DE

FEDERICO SANTANDER RUIZ - JIMÉNEZ

~~~~~  
(FUERA DE CONCURSO).  
~~~~~

OFICINAS:
PASEO DEL PRADO, 30, ENTRESUELO
MADRID

Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falaz y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILEY.

(Lema de la «Biblioteca»).

R 6. 3983

PERSONAJES

- Blanca Balsain (24 años).*
La Condesa Viuda de Ossorio (60 años).
Niní Hurtado (22 años).
La Marquesa de Casa Hurtado (50 años).
Berta, niña (10 años).
Miss O' Cowan (42 años).
Bernarda, criada (52 años).
Jaime Balsain (30 años).
Juan Francisco Quintana (28 años).
Carlos, Conde de Ossorio (8 años).
Un anticuario (65 años).
Román, criado (62 años).
Martínez, prestamista.—Aguado, general.
—Malvar, Gomoso.—Abogados, oficiales del ejército, burgueses.—La acción en Ribereda.
—Epoca actual.



JORNADA PRIMERA

NOCHE de invierno; el viento, cierzo despiadado, castiga cruel á Ribereda; se queja la ciudad; hay lamentos de cristales que tiemblan, protestas de puertas y ventanas que se cierran con golpes detonantes, parpadeos de lucecillas que oscilan febles, crujidos de árboles esqueletosos, descarnados. Del cielo, hipócrita, diáfano como en noche de estío, la helada baja sutil, traidora, imperceptible, esmerilando vidrios, blanqueando tejados, vistiendo con túnica glacial las ramas-huesos, esmaltando de plata fría el follaje perenne de las acacias.

Un barrio callado, aristocrático; el barrio de los palacios viejos, de las grandezas pretéritas, de las portadas platerescas; en las calles hierba entre guijarros; musgo entre la piedra, dorada á sol, de las fachadas seculares; balcones con rodapiés y hacheros, severas rejas; sobre recias columnas corintias se desmaya el acanto retorciendo sus talladas volutas...

Es una calleja del *faubourg*, del San Germán de Ribereda. A un lado, un tem-

plo; en el tímpano Sant Yago, Caballero, acuchilla moros; á otro, un vetusto caserón renacimiento; sobre la puerta, en camarín encristalado, la Angustiada llora su pena, y la lamparilla que alumbra el Supremo Dolor hace llegar un reflejo tenue hasta el escudo inmenso que remata el frontis; los bultos del blasón—una raposa, un aguilucho, un leopardo—los tenantes leones, adquieren formas quiméricas, de ensueño.

Una aldabada suena con apagado ruido, como discreto taque, revelando complicidad, aviso previo, y respondiendo al esperado llamamiento el cerrojo sale de la armella y la puerta se abre chirriante, quejumbrosa...

ESCENA PRIMERA

JAIME BALSAIN, ROMÁN (criado)

ROMÁN

¡Buenas noches, señorito Jaime!

JAIME (*malhumorado*)

¡Malas, rematadas!... ¡Perras noches, Román!

ROMÁN

¡Verdad! Desde el atardecer sopla furioso el cierzo y la escarcha cae desde que salió la luna. ¡Mala noche para los caminantes!... ¡Mala también para la casa, señori-

to!... En la galería se han roto diez cristales, en el patio el vendaval ha arrancado una gárgola, en el parque se han tronchado dos álamos, la parte del gallinero que restaba en pie se ha hundido, y...

JAIME (*interrumpiéndole*)

¡Y basta!... ¡No quiero oírte rezongar desdichas! ¡El saludo de siempre! ¡Hombre buho! ¡ave siniestra!...

(Con las nuevas de Román aumenta el mal humor que Jaime trae de la calle; silenciosos suben la escalera de piedra; azota el amo la balaustrada con sus guantes, y el viejo criado portea somnoliento un candil de aceite. Llegan al vestíbulo.

ROMÁN

¿Manda algo el señorito?

JAIME

¡Nada, Román! ¡Descansa!

ESCENA SEGUNDA

JAIME, BLANCA BALSAIN

Un salón. Tinieblas compasivas cubren su desamparo; allá en el fondo muere en la chimenea el ascua última, y sentada ante una mesa-vargueña Blanca Balsain escribe; el velón lucenés que la alumbraba tiene en sus seis mecheros seis bombillas eléctricas, y de ellas una sola aparece encendida.

JAIME (*entrando; sorprendido*)

¡Blanca!... ¿Tú aquí?... ¿A estas horas?

BLANCA (*al oír á su hermano vuelve el rostro hacia la puerta.*)

Ya lo ves, Jaime. Buenas noches. (Hay una muda queja, una callada acusación en la actitud de Blanca, en su serenidad triste, en lo reposado de su voz.)

JAIME (*confuso*)

¡Es algo tarde!...

BLANCA

Sí... algo tarde.

JAIME

¡Me retrasé!... ¡no mucho!... ¡no creas que amanece! (Calla, dudando si debe ó no aventurarse á mentir una hora conveniente; como respuesta, sobre la esfera de un viejo reloj asoma un cuco que deja oír cuatro veces su burlona cantata. Blanca sonríe.)

JAIME

¡Sí!... ¡son cerca de las cuatro!... ¡este reloj adelanta! Un amigo... ¿sabes? me entretuvo más que de costumbre...

BLANCA (*con un noble gesto, en que hay tedio, disgusto, repugnancia, le hace callar*).

¿Quién te pregunta?... ¿Disculpas?... ¿excusas?... ¡para qué!... ¡De tu vida, de tus acciones eres dueño! (Hay una pausa.)

JAIME

¿Cómo no te has acostado? ¿Qué hacías?

BLANCA

Esperar... Tengo que hablarte; durante el día no hay ocasión. Te levantas tarde, almuerzas en el casino, en el casino comes, vives allí más que en casa; apenas te veo

y eso delante de mamá... y delante de mamá no puedo decir...

JAIME (*disgustado, comprendiendo que la conversación no ha de ser agradable, y menos á aquellas horas.*)

¿No podría ser mañana? ¡Es ya tan tarde! Estarás fatigada. Descansa.

BLANCA (*con energía*)

¡No; ahora mismo! Siéntate. Sacrifica unos minutos; figúrate que... *el amigo* te ha entretenido un cuarto de hora más.

JAIME (*molesto*)

¡Si encendieras! ¡Me agobia la oscuridad! ¿Por qué tienes apagadas esas bombillas?

BLANCA (*sonriendo tristemente*)

... ¡Antipatía al contador!...

(Bajo la presión de sus bellos dedos las bombillas se convierten en globitos de luz. Frente á frente los dos hermanos callan. Son dos hermosos modelos de raza noble, hidalga, los Balsain. Jaime, esbelto, moreno, tiene la varonil arrogancia de los artesanos que retrató Velázquez; ha perdido su rostro la pureza de líneas que tuvo en su primera juventud; pero al desdibujarse, al arrugarse por el ludir de una vida azarosa, disipada, se ha marcado en él, embelleciéndole, una indefinible impronta de

amargura; la boca se pliega con el desdeñoso gesto de esos labios que todo lo gustaron, se han entristecido los cansados ojos, y en el bigote—que á pesar de la moda se yergue fiero—, en el cabello que escasea en las sienes, las prematuras canas hablan de una vejez apresurada, de un tesoro de juventud y de energía derrochado con loco alarde pródigo. Sólo un actor que fuera Grande de España y Gentilhombre, podría encarnar sobre las tablas la distinción suprema de este fijodalgo, prócer y noble entre las ruindades y bajezas de una vida encanallada, viciosa.

Hundido en un diván, semienvuelto en su capa andaluza, de embozos rojos, Jaime se dispone á escuchar. Blanca le mira. Es soberanamente bella Blanca Balsain; de estatua el cuerpo, ceñido por bata de paño oscuro y liso; oval, pálido el rostro que surge del blanco cuello almidonado; dulces los ojos, azules con suave azul de ensueño; áureo, brillante el pelo; figura y rostro de princesa del Norte, de mujer á un tiempo fuerte y grácil, de mujer que no llora con estrépito ni ríe á carcajadas, serena siempre, invencible á los asaltos de la alegría alborotada y del dolor ruidoso que sólo merecen de su boca, de delgados labios, una sonrisa igual y única; inimitable, desdeñosa... Supermujer, en fin, cuya alma vive más allá del regocijo y de la tristeza; débil en apariencia, en realidad cariátide.. Pues con aspecto de figulina, cariátide es Blanca que sostiene sobre sus bellos hom-

bros la ruinosa casa de Ossorio y de Balsain.)

JAIME (*insistiendo*)

¿Qué hacías?

BLANCA

Cuentas.

JAIME

¿Cuentas? ¡Bah! ¿Y para eso trasnochas? No deben de ser muy intrincadas las de esta casa. Donde no hay qué contar, la cuenta es fácil.

BLANCA

¡Al contrario! Donde no hay qué contar, donde las necesidades son muchas y los recursos pocos, la cuenta es muy difícil. No hay hacienda más complicada que la de un país pobre. Cuando las arcas se vacían las agendas se llenan de guarismos, equilibrios, artificios para enjugar el déficit, (mostrando un libro). Aquí tienes mis cuentas.

JAIME (*Hojea el dietario sin entender aquellas columnas de números, aquella serie de partidas que en el pasivo se suceden abrumadoras*)

¿Y en resumen... esto quiere decir?

BLANCA

Quiere decir que hoy, veintinueve de

Diciembre, para atender á las necesidades del año próximo, la Condesa viuda de Ossorio, sus hijos y sus nietos, cuentan con la suma de dos mil cuatrocientas pesetas... y algunos céntimos.

JAIME

¡¡Diez mil reales!!

BLANCA

¡Escasos!

JAIME

¡A esto hemos llegado!... ¡Suerte más negra! ¡Por qué no hemos nacido en los días en que la casa de Balsain era fuerte, poderosa; en esos días de que hablan los papelotes del archivo; cuando los Condes de Ossorio poseían villas y señoríos y sus rentas montaban millares y millares de ducados! ¡Nuestros afortunados abuelitos! ¡Ah... qué envidia! (Por la frente de Jaime cruzan añoranzas de los pasados siglos, de los siglos de privilegios y de castas en que la tierra era cielo para los que nacieron de padres de alta estirpe).

BLANCA

¡No vale envidiar... ni culpar á la suerte! ¡De cuanto nos sucede, bueno ó malo, somos responsables!

JAIME

De nuestras ruinas somos víctimas, no

autores. Con nuestro abuelo comenzó la decadencia; al tomar partido por don Carlos, decretó la muerte de Balsain; fuerte era entonces la casa de los Condes de Ossorio y en la primera guerra civil perdió mucho de su fortaleza; nuestro padre continuó la obra, y la segunda guerra fué sangría suelta para la hacienda ya mermada; y por si algo faltaba, nuestro hermano...

BLANCA

¡Pobre Carlos!

JAIME

¡Sí; fué muy desgraciado! Aventurero como todos los de la casa, pues desde los tiempos de Alfonso XI aventureros han sido los Balsain, sus aficiones no le llevaron á las hazañas guerreras; negocios ruinosos, descabelladas empresas industriales, explotaciones de imaginarios yacimientos... en esto perdió Carlos su fortuna, su razón y su vida, y al morir loco, nos dejó por herencia esos dos niños nacidos de un matrimonio infortunado que no fué la menor de las tristezas del último Conde de Ossorio... ¡Y quieres que no me queje! ¡Si la casa está en ruinas no soy yo el que la hunde!

BLANCA

¡Tampoco eres el que la sostiene!

JAIME (*ceñudo, torvo*)

¿Qué quieres decir?

BLANCA

Que si el despilfarro, el poco apego al dinero, el gusto por la aventura, son características de los de nuestro apellido, tú, Jaime— perdona, pero estamos en un momento decisivo en que la sinceridad es necesaria—, sigues fielmente las tradiciones de la raza. En nuestra penuria, en nuestro agobio, vives... como siempre; sin preocuparte, sin pensar. Has visto cómo han ido desapareciendo los últimos restos, las últimas propiedades—la casona de Villatorres, la dehesa de Monroy—, cómo se han vendido los retratos, las armaduras, cuanto había de valor en la casa... y tú ¡impasible! sin conocer la verdadera situación, porque para enterarte de que nuestras rentas de un año son... *diez mil reales*... ¡tengo que esperar tu regreso hasta la madrugada!...

JAIME

¡Bien está! Un sermón. ¿Era eso lo que tenías que decirme? ¡Si te parece haré vida cartuja... me acostaré á las diez!

BLANCA

¡No se trata de eso! Vuelvo á repetirte que de tu vida puedes disponer. ¡Es tuya! Pero... francamente, tus gastos no se avienen con la pobreza de la casa.

JAIME

Tampoco de mi vida soy responsable.

Vivo... ¡como me han enseñado á vivir!
¿Qué quieres que haga?

BLANCA (*suavemente, formulando un ruego largo tiempo contenido*)

...¡Si trabajaras!

JAIME

¡Trabajar! ¿En qué? ¿Acaso estoy preparado? Sin carrera; sin más conocimientos que los superficiales del colegio inglés, y el barniz de cultura que se adquiere en la vida social ¿para qué sirvo? ¿Qué quieres que sea?... ¿Intérprete? ¿Cochero? ¿Desbravador? ¿Maestro de deportes?... ¿*Croupier*?...

(Pausa. Calla Blanca; la confesión de su hermano, en que á la vez de su inutilidad aparecen sus vicios con alarde cínico, la sume en gran tristeza.)

JAIME

¡Me dedicaré á la política! En las próximas elecciones va á luchar el partido. Haré que me elijan concejal... ¡Pchs!... ¡Bien administrado, el cargo puede ser lucrativo. (Dice esto último con picaresco guiño, viendo en lontananza una serie de contratos, arriendos, suministros, el doble fondo de las areas de un municipio urbano).

BLANCA (*con asco*)

¿No encuentras otro medio?... ¡Muy hidalgo!... ¡Ni creas que te eligen! Para osten-

tar su representación el noble, el tradicional partido carlista, antes que á los aristócratas que se arruinaron por la causa, prefiriere á los abogados traviosos, á los comerciantes opulentos.

JAIME

¡Es verdad! ¡Cuando lo pienso siento impulsos de abandonarlo todo, de romper!... ¡Si yo me hiciera conservador sería diputado!

BLANCA

¡No lo harás! No por el partido, sino por nuestra madre, ¿comprendes? ¡Si ella supiera que su hijo era infiel, traidor!...

JAIME

¡Nuestra madre! ¡Pobrecilla! ¡Cuántas cosas tenemos que hacer por ella! Sobre todo sostener la ficción; hacerla creer que la casa está como en sus días de oro, como en los días en que vivía nuestro padre. En su desgracia tiene ese consuelo; su ceguera hace posible el engaño.

BLANCA

¡Engaño perdurable! ¡Nunca sabrá la verdad! Todo está en el palacio como el día de su boda; la galería con sus retratos, con sus armaduras cinceladas; las joyas en sus estuches; la plata repujada sobre los vargueños; el invernadero con sus flores; el

huerto... ¡si lo viera! Muchas veces—¡qué horrible!—deseo que mamá no recobre la vista, pues lo que había de ver es más doloroso que su ceguera compasiva. ¡Si de repente sus ojos, vueltos á la luz, miraran los salones desnudos, dismantelada la galería, arrasado el parque!... ¡si supiera que el huerto no la pertenece, y que si pasea por él es por concesión que la hizo su dueño, Juan Francisco Quintana, cediendo á nuestros ruegos! ¡Oh! ¡No; no lo sabrá!...

JAIME

Pues, no creas; á veces pienso que fuera mejor confesar la verdad. ¡Tarde ó temprano ha de saberla!

BLANCA

¡Mientras yo viva, no!

JAIME

¡Ojalá aciertes! (Pausa.) ¿Y esas cuentas? ¿Se debe mucho?

BLANCA

...El crédito de Quintana que vence el cuatro; los préstamos de Martínez.

JAIME

¿Importa todo?

BLANCA

Cinco mil pesetas.

JAIME

¿Y de dónde piensas que salga ese dinero?

BLANCA

¿Lo sé yo acaso? ¡Todo está agotado! ¡Nada queda por hipotecar, por vender!

JAIME (*insinuando, mira las paredes*)

... El palacio...

BLANCA

No es nuestro, es de los niños, de Carlitos y Berta. ¡Y aunque así no fuera! ¿Iba á salir mamá de casa?

JAIME

¿No hay muebles? ¿Joyas?

BLANCA

Muebles hay, ya lo ves; pero son todos de aquéllos á que alcanza la mano de nuestra madre—sillas, mesas, arcas—; puede registrar, echarlos de menos, ¡enterarse! Cuando se vendieron las armaduras,—¿recuerdas?—hubo que imitarlas en latón para que mamá no sospechase... De lo demás nada queda; ni una cornucopia, ni un tapiz. ¿Joyas, dices? Hace tiempo que desapareció el tesoro de Balsain; á la muerte de Carlos, para liquidar sus empresas, se vendieron los aderezos tradicionales, las

carlancas de perlas... ¡la corona! Ahora no hay ni una tumbaga, ni un broche; copiaditas al carbonito, usurpando los viejos estuches, están todas las joyas de mamá... ¡mis dedos sin sortijas, mis muñecas sin pulseiras, te dirán qué ha sido de las mías!...

JAIME (*compasivo, con ternura*)

¡Qué tristeza! ¡Pobre Blanca! ¡Pobre hermana! (Pausa.) ¿Y en las tiendas se debe mucho?

BLANCA (*ofendida*)

¿En las tiendas? ¡Oh, no! ¡Es mi consuelo, mi orgullo! La condesa de Ossorio paga todo al contado; en las listas de deudores, en los libros de trampas de los tenderos de Ribereda, no figura el apellido Balsain. (Jaime calla; un inexplicable rubor enrojece su rostro... Canta un gallo.)

JAIME (*bostezando, somnoliento*)

¡Amanece!...

BLANCA

Todavía no; ese gallo madruga, ¡Estará desvelado! ¡Pobrecillo! También él sufre la ruina de la casa.

JAIME

Ya me ha dicho Román. Se hundió el gallinero.

BLANCA

¡Por completo! Ha habido que habilitar las cuadras; allí arreglamos habitación á las gallinas.

JAIME (*con extrañeza*)

¿Arreglamos? ¿Tú has ido?...

BLANCA

¿Por qué no? Miss O' Cowan dormía con los niños. Bernarda velaba el sueño de mamá. Entre Román y yo hicimos la mudanza. ¡Divertido!... ¡Si vieras!... las gallinas protestaban del cambio; á una tuve que llevarla en brazos, acostarla sobre un pesebre abandonado; ¡mira, mira como me han puesto!

(Blanca enseña sus manos, sus maravillosas manos, largas, aristocráticas, tornátiles; el marfil de sus dedos aparece roto por los picotazos de las aves que pusieron en su blancura una línea sangrienta, y en sus pulidas uñas, de nácar rosa, se ven briznas de paja...)

JAIME (*besándolas*)

¡Hermana, eres admirable!

BLANCA

Procuro ser como debo, hermano.

(Pausa, Jaime bosteza; sus párpados se cierran involuntariamente.)

BLANCA

Vete á dormir. Te caes de sueño.

JAIME

Sí; estoy cansado. Te envidio, no sé como tienes resistencia. ¡Yo no soy como tú!

BLANCA (*sonriendo*)

No; ¡tú no eres como yo!... Actústate.

JAIME

¿Vas á seguir trabajando? ¿Puedo ayudar? ¿Te sirvo de algo?

BLANCA (*con naturalidad*)

¡No me sirves de nada!

JAIME

Hasta mañana, entonces, Blanca.

BLANCA

Adiós, Jaime; hasta luego.

(Sale Jaime. Blanca le ve salir siguiéndole con mirada larga y triste, en que se unen desprecio y compasión... después sigue escribiendo.)

JORNADA SEGUNDA

Es de día. A plena luz se advierte el desamparo del salón de la escena anterior. Es un salón de confianza, familiar; los muros sin tapices muestran su desnudez. Muebles heterogéneos—una arquimesa, un costurero, un piano,—en el centro una vulgar camilla con tapete de paño, y colgada del techo una mezquina lámpara eléctrica de latón y cristal. En un sillón frailengo, junto á una ventana que da al jardín, la condesa viuda de Ossorio vive su triste vida de anciana ciega. Es la condesa una vieja dama española, gruesa y no muy alta, cabeza de matrona, de abultadas facciones que suaviza y hace amables el blanco pelo, abundante, níveo; sus grandes ojos negros callan muertos, inmóviles, y su boca tiene el altivo gesto de esas señoras que retrató Madrazo. Viste un piadoso hábito y se abriga con una larga capa aforrada de pieles, que presta á su figura aspecto señorial; calza mitones de seda y sus dedos cuidadísimos lucen sortijas con brillantes y perlas, que no proceden como la dama cree de Alaska y de Ceylán... sino

de los laboratorios de New-York. La condesa pasa las cuentas de un crucífero. (Entran Carlos y Berta).

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA, CARLOS, BERTA

(Los niños entran silenciosos; de puntillas llegan hasta la anciana, se inclinan y la besan; sus bocas se juntan en las cruzadas manos de la abuela).

CONDESA (*sorprendida*)

¿Eh?... ¿Quién es? (Los niños ríen; á carcajadas Berta, discretamente Carlos).

BERTA

¡Somos nosotros!... ¡nosotros!... ¡No nos ha conocido; no nos ha sentido llegar!... ¡Somos tus nietecitos, abuelita rica!

(La abrazan; agradecida á las caricias de sus nietos, feliz, la condesa sonríe. La tradición de Balsain—donde siempre fueron rubias las mujeres y morenos los hombres—, se rompe en estos niños. Berta, la primogénita, es morena, arrogante; los ojos negros y rasgados; roja la boca, de burlona expresión; nerviosos los ademanes y los gestos; el temperamento ardiente, vivo. Carlos es pálido y rubio como un pajecillo del Tiziano; seriecito, tranquilo, al-

go triste... Se sientan á los pies de la abuela. El sol decembrino envuelve el grupo...)

CONDESA

¿Dónde habéis estado?

BERTA

En el jardín, jugando con Matías, el chico del sacristán, el monaguillo; es el amigo de Carlitos; ¡le está enseñando á decir misa!

CONDESA

¿A decir misa? No me gustan esos juegos con cosas sagradas.

BERTA

¿Verdad que no, abuelita? A mí tampoco. ¡Anda, riñe á Carlos! ¡Díle que es pecado! Se pasa la vida jugando á que es cura... ¡más soso!... ¡No quiere correr, saltar... tengo que jugar sola!...

CARLOS

¡Es que me cansas y te burlas! ¡Riñe á Berta, abuelita! Entre ella y Matías me han hecho rabiarse. Dí, abuela: ¿no es verdad que soy conde?

CONDESA (*besándole*)

Si, hijito, ¡por desgracia! ¡Ojalá no lo

fueras, porque sería señal de que vivía tu padre!

CARLOS

Pues Matías dice que no; que no puedo usar el título; que á él le han dicho que no hay tal condado, y que en Ribereda nadie me conoce más que por mi apellido; que soy Balsain... como él es Pérez... ¡Se burla! ¡Me llama... conde para andar por casa!... ¡Y Berta le da la razón!

BERTA

¡Porque la tiene! ¡A ver quién te llama conde en Ribereda! Miss O'cowan, Bernarda y Román; los demás, Carlitos á secas.

CONDESA

Es cierto, Carlos; no puedes usar el título; no debes usarlo — ¿comprendes?— porque para ello tendrías que pedir licencia y pagar *medias anatas* al trono, y los condes de Ossorio no suplican ni rinden tributo más que á su rey. Por eso hasta que llegue el día, hasta que el desterrado vuelva, no te llamarán conde de Ossorio. Pero mientras tanto, legítimo es tu título aunque el mundo no lo reconozca... ¡como no reconoce otros tan verdaderos como el tuyo! (El amor á la Causa hace vibrar la voz de la condesa).

CARLOS (*triunfante*)

¡Lo ves!... ¡Soy conde!

BERTA

¡Lo ves! Hasta que pagues *esas medias...* como si no lo fueras!... ¡Condesito casero!... ¡Condesito cursi!...

CONDESA (*enojada*)

¿Eh? ¿Qué es eso? ¡no insultes á tu hermano; no riñáis! Cuando venga don Carlos se pagará todo.

CARLOS (*ingenuo*)

¿Y... vendrá pronto?

BERTA

¡Espérale sentado!

CONDESA (*con profundo disgusto al observar la poca fe que su nieta tiene en el triunfo de la Causa*).

¡Niña!... ¡Berta!... ¿Qué es eso?... ¡Esas burlas en una Balsain! ¡Lo diré á Miss O'cowan! Tu hermano esperará á su rey, no sentado, sino de pié, arma al brazo, dispuesto á defenderle como le defendieron siempre los condes de Ossorio. ¿No es verdad, Carlos?

CARLOS (*sin entusiasmo*)

Sí, abuelita. Pero... ¿si ya hay un rey, para qué vamos á esperar al otro?

BERTA

¡Lo que yo digo! ¡Qué más da! Si este es muy simpático. A mí me gusta mucho; ¡siempre á caballo, cazando... ó con el automóvil... ¿A que no tiene automóvil don Carlos?

CONDESA

No, por cierto. Tiene góndola; una góndola muy bonita, con el pabellón de España en la popa, y los colores nacionales en la borda y en la toldilla. Yo he ido en ella cuando estuve en Venecia, para que vuestro padre prestase fidelidad al señor... ¿Automóvil? ¡No! Esos artefactos no son serios, no son dignos; para los reyes, carrozas, caballos, barcos... ¡No, no; don Carlos no tiene automóvil... (Dice esto la condesa en son de elogio, y al decirlo no sabe que no dice verdad. No tiene ya góndola don Carlos; van desapareciendo—¡ay!—de Venecia las viejas góndolas que añoraban el tiempo de los Dux, y, siguiendo la moda, el pretendiente ha sustituido aquella barca en que la condesa atravesó el canal por una modernísima canoa automóvil que apesta á gasolina... Y por si fuera poco, de vez en vez un *auto* conduce por la campiña veneciana al desterrado, y á su arrogante esposa,—nacida Rohan...)

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, MISS O' COWAN

MISS O, COWAN (*entrando*)

*Good evening countess; good evening miss;
good evening count.*

(Contestan al saludo de la institutriz:
en inglés, la condesa y Carlos, Berta con
un rebelde y campechano ¡buenas tardes!)

MISS O' COWAN

¡Oh! ¡El saludo español!... ¿Qué es esto?... ¡Sabe que está prohibido!... Cuando la señora condesa guste comenzaremos la lección de inglés.

CONDESA

Ahora mismo. (A los niños): Id por los métodos. (Salen Carlos y Berta.)

MISS O' COWAN

La señora condesa debía reprender á Miss Berta; es poco dócil.

CONDESA

¡Poco dócil, en efecto! ¡Y además dice cosas muy raras para una niña de su edad!.. ¡No sé, no sé á quién ha podido salir!... ¡tan rebelde, tan díscola!

CARLOS Y BERTA (*entrando*)

Aquí están los métodos. Cuando usted quiera, miss.

(Comienza la lección. Miss O' Cowan que entró en traje de calle se ha despojado de guantes y sombrero y se sienta á la camilla con los niños. Es Miss O' Cowan una irlandesa, alta, roja y fuerte, de edad indefinible; cuando entró en la casa de Balsain, como aya de Blanca, de Jaime y del difunto conde, tenía su rostro las mismas arrugas, el mismo aspecto que tiene á la sazón; al arruinarse la casa, Blanca quiso despedirla, pero ella se negó á salir y presta su servicio sin cobrar sueldo; en las horas libres da lecciones á domicilio; la condesa lo ignora. Viste siempre de negro, y en la calle un largo velo que cuelga del sombrero de crespón pregonaba el dolor de su alma; un dolor novelesco, romántico. Miss O' Cowan estaba desposada con un marino de Dublin, y la víspera de la boda el novio naufragó en el canal de San Jorge...

Desde entonces la miss llora la muerte de sus ilusiones, como una heroína de Scott. El burlón Jaime la llama *viuda espiritual*.)

MISS O' COWAN (*leyendo, calados los quevedos de oro*)

Tema veinticuatro.—Five ó clok tea.

CARLOS

If you think it fit we will take tea.

BERTA

Will you take á sandwich?

(La lección sigue; el tema enseña como debe servirse correctamente una taza de té; desde su sillón atiende la condesa; á veces corrige la defectuosa pronunciación de sus nietos, recordando los años de destierro pasados en Londres, á ratos acaricia las cuentas de su rosario indulgenciado.)

ESCENA TERCERA

En el vestíbulo: BLANCA Y JAIME

BLANCA (*entrando á tiempo
que su hermano asoma por la puerta frontera*).

¡Ah! ¿estabas en casa?

JAIME

¡Sí; celebros verte. Quiero hablarte....
Anoche buscábamos algo que vender...

BLANCA

¿Y qué?... ¿has encontrado?

JAIME

Sí...; ¡una cosa magnífica!... En el oratorio,
¿sabes?

BLANCA

¿En el oratorio?

JAIME (*con timidez*)

Sí... La Madona.

BLANCA (*aterrada*)

¡¡La Madona!!... ¡¡Qué dices!!

JAIME

Sí; es de Sassoferato; ¡auténtica! En el archivo están los documentos que lo acreditan... ¡valdrá mucho!

BLANCA

¡Oh, no, no!... ¡La Madona, no!... ¡Es la protectora de la casa!... ¡Desde tiempo inmemorial preside el oratorio!... ¡No, Jaime; busca otra cosa!... ¡La Virgen no se vende!... ¡imposible!... ¡sería una irreverencia, una profanación!...

JAIME

No... ¡qué tonta! La Virgen ve nuestros apuros, nuestra situación... ¡nos perdonará!... Además no hay otro remedio. Tú lo dijiste anoche; necesitamos cinco mil pesetas... las necesitas tú... ¡yo también!...

BLANCA (*asustada*)

¿Tienes deudas?

JAIME (*turbado*)

Sí... ¿de honor, sabes?... ¡Mi mala suerte!...

BLANCA

¡Siempre lo mismo!... ¿Y si mamá se entera? ¡Si sabe que la hemos vendido su Virgen, su Madona!...

JAIME

No lo sabrá. ¿Tan difícil va á ser ocultárselo?... ¡Un engaño más!

(Hasta el vestíbulo llega la voz de la condesa que enseña á sus nietos las pronunciaciones de la *u* británica.)

BLANCA (*alarmada*)

¡Chist!... ¡calla!... ¡pueden oír!

(Escuchan. Ha cambiado el tema; ahora el método llora las tristezas de un *gentleman* que se aburre en su *club* viendo una tarde londinense, gris y lluviosa.)

JAIME (*en voz baja*)

¡No, no temas!... ¡los niños dan su lección de inglés!... ¿Decidido, eh?... Llamaré á David, el anticuario; trataremos con él.

BLANCA

¡No, yo no!... ¡no puedo!... ¡me repugna! Entiéndete tú con ese judío... ¡¡Es infame!!

JAIME

No, ¡es inevitable! Así sucede con muchas cosas; parecen infamia, y en el fondo... ¡¡son necesidad!!...

ESCENA CUARTA

Por la tarde. En el salón: LA CONDESA,
BLANCA, CARLOS, BERTA

En el oratorio: JAIME Y EL ANTICUARIO

BERTA (*disponiendo sobre la camilla en orden de combate una legión de soldados de plomo*).

Oye, Carlitos, ven... ¡tú eres japonés ¿quieres?, Kuroki... ¡anda!

CARLOS (*que en un rincón hojea un misal diminuto*)

No, no tengo ganas; ¡me aburren las guerras!

BERTA

¡Te aburren las guerras!... ¡sosote!... Pues en la familia han sido todos militares, ¿verdad, abuelita?

CONDESA

Soldados han sido casi todos los Bal-

sain. Soldados vuestro bisabuelo y vuestro abuelo—generales de los Reales Ejércitos de don Carlos—, y vuestro padre, aunque no llegó á vestir el uniforme, figuraba como oficial honorario, y en caso de guerra hubiera cumplido con su deber. En los tercios de Flandes, en la campaña del Milanésado, pelearon los condes de Ossorio, y un guerrero fué el fundador de nuestra casa.

BERTA

¿Lo ves?... ¡Y tú no quieres jugar á las guerras!... ¡Siempre con misales, con altares!

CONDESA

¡No importa! Todos los Balsain han sido piadosos; si peleaban, peleaban por defender la religión.

(Se oye ruido en la estancia contigua. Jaime y el anticuario entran en la capilla; palidece Blanca que, silenciosa, trabaja en una labor casera, prosaica.)

En el oratorio JAIME

Este es el cuadro de que le hablaba... Una Madona... Sassoferato.

(Enciende un candelabro; á la luz de las velas se advierten las bellezas de la Imagen. Es una Virgen cándida; ingenua; el rostro infantil sonrío inefable, dulcísimo, y los ojos, negros y suaves, acarician. Es la Virgen hermana, hija de Dios Padre que

inspira confianza; el *Bambino Jesú* florece en sus brazos... El anticuario con un lente observa la pintura. Con su fino perfil de bellos rasgos, con su barba blanca, parece un viejo rabino el anticuario; francés por su origen, su vida en Ribereda es un misterio; dícese que en su casa guarda con reverencia las tablas de la ley, y en la ciudad le llaman *el judío*.

JAIME

¡Una obra de arte!... ¡Auténtica!... Verá usted los documentos.

EL ANTICUARIO

¡Oh, no lo niego!... ¡será... será!... ¡Pchs! Hay que andar con cuidado en esto. (Sigue mirando.)

En el salón BLANCA (*azorada, aparte*)

Oigo á Jaime y al chamarilero en el oratorio. Ya se está consumando el sacrificio. Cien veces estuvo en casa ese hombre, cien veces realizamos ventas por el estilo... ¿por qué tiemblo como nunca temblé?

CONDESA (*á sus nietos*)

... La piedad y el valor han sido las dos virtudes características de nuestra raza. ¿Sabéis la hazaña del fundador?

BERTA—CARLOS

No; ¡cuéntanos, abuelita, cuéntanos!

(Abandonando sus juegos, los niños se sientan á los pies de la anciana.)

CONDESA

En tiempos de Alfonso XI vivía en Ribareda un hidalgo llamado don Fadrique; habitaban los hebreos en la Judería, y en casa de uno de los más ricos y principales celebraban por las noches misteriosas reuniones; guardaban allí una imagen de la Virgen y la hacían objeto de villanas burlas; súpolo don Fadrique, y sin más compañía que un criado, llegóse á la casa, y desnudando su espada, arremetió contra los judíos, procurando rescatar la imagen, pero uno de ellos la tomó en sus brazos y huyó por un pasillo oscuro; el criado de don Fadrique le persiguió resuelto y le dió alcance y muerte, arrebatándole su preciosa carga.

Noticioso el rey de la hazaña, llamó á don Fadrique y le colmó de títulos y honores para premiar su valor...

CARLOS

¡Qué bonito, abuela! ¡Era muy bueno don Fadrique!

BERTA

¡Muy valiente! (Pensativa, con gran sentido práctico.)

¿Y al criado no le dieron nada?... ¡Porque fué más valiente que su amo!...

En el oratorio EL ANTICUARIO

¡No puedo dar más!... ¡es comprometido!
Estos paños deben de haber sido reto-
cados.

JAIME

¿Retocados? ¡Oh, no, Samuel!

EL ANTICUARIO (*rectificando*)

¡David!...

JAIME (*sonriendo*)

Es verdad... ¡Siempre confundo los re-
yes de Israel!... No ha habido retoque; la
pintura está intacta, tal como salió del pin-
cel de su autor. ¡Si es la joya de la casa
esta imagen!

EL ANTICUARIO

... Sassoferrato no es muy apreciado...
¡Si fuera un Greco, un Goya!...

En el salón CONDESA

La imagen rescatada es la que está en la
puerta; como sabéis, siempre luce ante ella
una lámpara. Para conmemorar la hazaña
el conde de Ossorio, don Fernando, encar-
gó á un pintor italiano la que veneramos
en el oratorio. Ante su altar los varones
de nuestra casa juran defender la fe y no
tener trato con los enemigos de la Igle-

sia; cuando seas mayor, Carlitos, harás tu juramento.

BERTA (*con decisión*)

¡Yo también juraré!... ¡Defender á la Virgen, al Niño Dios!... ¡pelear!.

En el oratorio EL ANTICUARIO

¡No; no puedo ofrecer más!... ¡y es un sacrificio! ¡un mal negocio!... cuatro mil...

JAIME

¿Francos?...

EL ANTICUARIO

... Yo cuento por pesetas.

JAIME (*aparte*)

¡Por denarios debieras tú contar, maldito judío! (Alto.) ¿No serán cinco mil?... ¿cinco mil á lo menos?

(El anticuario se resiste: sigue el regateo.)

En el salón BERTA

¡Qué calladita estás, *titi* Blanca! ¿Qué te pasa? ¿estás triste? ¿enfadada?

BLANCA

No; ¿por qué? Escucho. A mí también me gustan esas historias de otros tiempos, bellas como un cuento, que nos enseñan á

ser dignas de nuestro apellido, de nuestro nombre. (Aparte.) ¡Cuánto tardan! ¡No acaban!... ¿Qué pasará?... ¡Si ese desalmado no quiere el cuadro, si le rechaza!...

En el oratorio EL ANTICUARIO

Serán cuatro mil quinientas, pero tiene usted que acompañar al cuadro los documentos que acreditan su autenticidad.

En el salón CARLOS

Con los judíos no se puede tratar ¿verdad, *titi* Blanca?

BLANCA (*adivinando lo que ocurre en el oratorio, con ironía intensa*)

No, hijo mío; ¡¡con los judíos no se puede tratar!!...

ESCENA QUINTA

En el oratorio BLANCA Y JAIME (*Blanca entrando con ansiedad*)

¡Qué!

JAIME

¡Mira!

(Señalando al altar; sobre el ara hay un marco vacío; es un marco churrigueresco con angelotes y florones dorados; bajo él, una leyenda dice: *Esta pintura de Santa María fué hecha por el pintor italiano Juan Bautista Salvi, llamado Sassoferrato, por encargo de Don Fernando de Balsain de Vélez de Guevara, Conde de Ossorio, Señor de Monroy. Año MDCXXXVI.*)

BLANCA (*con tristeza*)

¡Se consumó!

JAIME (*gozoso*)

¡Se consumó! Ahora mismo acaba de llevarse el cuadro. ¡Duro ha estado el maldi-

to viejo! ¡Para conocer su raza basta verle en estos tratos, redomado israelita!

BLANCA (*en voz baja por respeto al lugar*)

Y... ¿cuánto?

JAIME (*titubeando*)

¡Tres mil... tres mil quinientas pesetas! ¡Y tuve que darle la auténtica, el documento que acredita la firma! ¡Es un judío, un Sylock!... Aquí tienes el dinero, (la entrega unos billetes; en su cartera queda oculto el resto de la suma que pagó el anticuario).

BLANCA

¡Me estremece este dinero; me quema!... Toma; dijiste que necesitabas... ¿tendrás bastante con quinientas pesetas?

JAIME (*azorado, por un resto de pudor, rechaza el ofrecimiento*)

¡Oh, no; no! ¡Para tí todo; para tus compromisos, para tus apuros! ¡Yo me arreglaré!

BLANCA (*insistiendo*)

No; dijiste que tenías deudas,— ¡deudas de honor!— ¡Cumple como es debido; solvéntalas... y procura evitarlas!

(Jaime vencido, calmados sus escrúpulos, acepta los billetes que le ofrece su hermana, y sale del oratorio pensando que la venta de la Madona... ha sido para él un gran negocio).

ESCENA SEXTA

En el oratorio. Atardece: Siguiendo piadosa costumbre, en el palacio de Balsain, se despide al día invocando á la Virgen con la oración de Santo Domingo de Guzmán. Para rezarla, una campanilla de plata congrega á la familia y á los criados; sólo Jaime falta. Desde su reclinitorio, la condesa dirige; Blanca, Berta, Carlos, Miss O'Cowan, Bernarda y Román contestan al rezo.

En el altar lucen dos velas y amarillea el marfil antiguo de un Cristo que agoniza sobre su cruz de ébano; el cuadro de la Virgen aparece cubierto misteriosamente con un damasco rojo... Los niños no muestran extrañeza; aleccionados, saben que de allí en adelante estará siempre velada la Madona, y *titi* Blanca les ha dicho que *es pecado* decírselo á la abuela; nada dirán Carlos y Berta acostumbrados á que en el catecismo de *titi* haya muchos *pecados* por el estilo.

Termina el rezo. Por un refinamiento de

buen gusto, la condesa reza la letanía en castellano; así la oración es himno, y es ofrenda, y es guirnalda; los poéticos dictados—*Rosa mística, Torre de marfil, Casa de oro, Estrella matinal...*—caen de los labios de la noble dama como fragantes hojas de flores de cariño, y subraya cada elogio el humilde y suplicante, *¡Ruega por nos!...* Vienen después las oraciones por vivos y difuntos, los actos de fe, de amor y de esperanza, y la condesa cierra sus preces con una petición que su lealtad la dicta. *¡Por Don Carlos!*—dice—, y con fervor profundo pide salud para el proscripto.

Salen los criados, miss O' Cowan, los niños; en sus genuflexorios de terciopelo carmesí quedan la condesa y Blanca. Blanca oculta la cara entre las manos; la condesa eleva hacia el cuadro de la Madona sus muertos ojos, y parece mirar la imagen que no existe, mientras sus labios se mueven musitadores. Es un delirio, un éxtasis. Pasados los primeros instantes, la condesa suspira y llama.

—¡Blanca! ¡Blanca!

BLANCA

¡Mamá, mamá!... ¿Qué tienes?

CONDESA (*temblorosa, febril*)

¡No sé! ¡Es una cosa rara! ¡Nunca he sentido tanta piedad! ¡tanta devoción! ¡tanto cariño á la Madona! ¡Ha sido un sueño! ¡Me parecía que la Virgen no estaba en el

altar!... ¡que se marchaba!... ¡que estaba lejos!

BLANCA (*estremecida, como un eco*)

¡Estaba lejos!

CONDESA

Sí... ¡y nos amenazaba un gran peligro —no sé cual—; era como una losa de mármol que nos oprimía... ¡como si se hundiese la casa! ¡Te digo que era un sueño!... ¡una pesadilla!

BLANCA (*llorando*)

¡Una pesadilla!

CONDESA

¡Y desde lejos... la Virgen nos salvaba!

BLANCA (*delirante, con un grito*)

¡Ah!... ¡Sí!... ¡Eso es!... ¡¡La Virgen nos salvaba!!

Al decir esto, en un transporte, inconsciente, loca, se inclina hacia su madre besándola. La condesa alza sus brazos, y sus torpes manos de ciega tropiezan en la cara de Blanca, mojándose con humedad de llanto.

CONDESA

¿Qué es esto?... ¿Lloras?... ¿Estás llorando?

BLANCA

¡No; no es nada!... ¡La emoción!... ¡Al verte así, me asusté!... ¡Ven, mamá, ven!... ¡Salgamos, salgamos de aquí!...

La condesa se incorpora, y apoyada en el brazo de su hija sale del oratorio; al llegar á la puerta, Blanca vuelve el rostro hacia el altar y lanza una mirada larga, medrosa á la roja cortina de damasco...

JORNADA TERCERA

Es prima tarde; una tarde de Enero clara y alegre. Cielo azul. Sol de invierno. Una fiesta es el sol invernal; todos le buscan y le aman tanto como aborrecen al sol de verano, contra el cual las sombrillas se abren como escudos, y las cortinas se cierran como una muralla, como un blindaje... ¡Maldición para el sol de verano que calcina y que mata; para el sol asesino de segadores; para el que despuebla á Madrid, el bullicioso, y entristece á Sevilla, la alegre!... ¡Ofrendas y elogios para el bendito sol de invierno, para el piadoso y compasivo sol de los humildes, de los pobres; para el sol que conforta las almas y hace huir la melancolía de los días brumosos!... ¡Sol amigo que congrega multitudes en las domingueras tardes, y hace abrir todos los balcones, como arcos de triunfo levantados en honor de un buen rey popular!... ¡Sol de invierno! Para ti las bendiciones y las estrofas; para ti—sol de Enero en España—la envidia de los pueblos del Norte; para ti la frase, toda amor,

del poeta de Asís... ¡Hermano sol!... ¡¡*Fratello sole!*!..

En el salón de confianza del palacio de Balsain los balcones, libres de cortinajes y *brise-bise*, están dispuestos para recibir la dádiva del sol. Un raudal, una inundación de luz rubia, oro mate, que al atravesar los cristales adquiere un calor suave, de regazo, de nido...

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA, BLANCA

La condesa en su sillón, junto á la ventana, toma un baño de sol. Blanca, preocupada, escribe; de su pluma salen guarismos—multiplicaciones, sumas, restas—; inflexible la aritmética la repite que para llegar á la nivelación de su hacienda... ¡le faltan mil pesetas!

CONDESA

¡Blanca! ¡Blanca!... ¿Cómo está la tarde?
¿Hace sol?

BLANCA

Sí, mamá; ¡un sol hermoso!

CONDESA

Siento su calor en las manos, y en los ojos una claridad como de amanecer. ¡Y una alegría!... Oye, Blanca.

BLANCA

¿Qué quieres? ¿Oír versos?... ¿Pasear?

CONDESA

No. Ya has leído esta mañana; ¿no hemos terminado á Coppée? ¿Pasear? Tampoco; en el parque, en el huerto hará frío... ¡Si tocaras!...

BLANCA

¡Ah, sí, mamá!

(Entre los placeres de la condesa—escasos placeres de anciana ciega—está el oír buenos versos y el oír buena música; poetas y compositores son sus amigos, y sus obras maestras acompañan la triste soledad de la dama llevando hasta su alma la luz que no puede entrar por los dormidos ojos. Cerrando su dietario, Blanca se dirige al piano.)

BLANCA

¿Qué prefieres, mamá?... ¿*Las Sonatas?*... ¿*El Ocaso?*... ¿*Las Danzas Noruegas?*... ¿Beethoven?... ¿Wagner?... ¿Grieg?...

CONDESA

¡No; no! Para acompañar al día algo alegre, juguétón... Berlioz.

BLANCA

... *La Damnation*, entonces...

(Abierta sobre el atril la partitura, Blanca empieza á tocar; sus dedos oprimen las teclas—marfil sobre marfil—, y del viejo Erard surge la maravillosa música del poema de Berlioz... Es primero el rutilante amanecer; por los campos de Hungría pasea el doctor Fausto su barba blanca y su larga hopalanda, y la alegría de la aurora, de la vida que se renueva después de cada sueño, inspira envidias á su alma no saciada... ¡Por qué morir!... ¡Por qué no renacer!... Es después la marcha de Rakoczy, el patriótico canto húngaro, soberbio, fuerte, que habla de poder y de gloria... Vuelto á la juventud, Fausto es llevado por Mefistófeles á la taberna de Auerbach; ríen y juegan los borrachos, y el redomado Brander entona su canción, regocijada y grotesca... La condesa sonríe inefable; la poesía de la divina música hace fiesta en su alma, que se anima y se alegra como si la alcanzase el remozamiento que operó en el doctor la infernal taumaturgia. Blanca sigue tocando. Es muy artista Blanca, y pone todo su arte en la interpretación de la leyenda de Berlioz; pero las notas del pentágrama, las sublimes armonías, no arrancan de su frente un negro pensamiento:

... Y mientras los silfos bailan su danza loca, y obedientes al mandato de Ariel, arrullan el sueño de Fausto, dormido sobre el césped á orillas del Elba, Blanca, recordando el poema de Goëthe, cree ver los cuatro espectros grises, las cuatro apa-

riciones inquietantes, que en la media noche atormentaron al doctor, y que la rodean repitiendo: ¡Soy la Zozobra!... ¡Soy el Desamparo!... ¡Soy la Deuda!!... ¡Soy la Necesidad!!... Y al ritmo alegre—ritmo de *scherzo*—de la mágica, incomparable danza de los genios del aire, una voz—voz de prosa, voz de realidad—la repite insistente... ¡Mil pesetas!... ¡Mil pesetas!... ¡Te faltan mil pesetas!!...)

CONDESA

¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso!... ¡Repite la danza!

(Blanca empieza de nuevo la página magistral, el soberbio intermedio; vuelan las aladas sílfides, giran voluptuosas las fantásticas ninfas... De pronto sube de la calle un rumor que apaga las voces del piano; es un bronco ruido de máquina, de ruedas, de cilindros; los cristales tiemblan; trepida la casa; una bocina suena.)

CONDESA (*sorprendida*)

¿Qué es eso?

BLANCA (*cesando de tocar*)

Un automóvil; ha entrado en el patio... ¡Las de Hurtado! Conozco el Moto Bloc; no hay otro más estrepitoso que él en Ribareda!... ¡Jaime dice que le han comprado por el ruido más que por la velocidad!...

CONDESA

¡Que no entren aquí! Recíbelas en el salón.

Blanca va á cumplir la orden de su madre. Ya es tarde; en la puerta aparece Román, que levanta la cortina blasonada anunciando: «La señora marquesa de Casa Hurtado». Por el vestíbulo avanzan dos damas diciendo: «Donde estén. Que no se molesten... De confianza».

ESCENA SEGUNDA

DICHAS, LA MARQUESA DE CASA HURTADO,
NINÍ HURTADO

(Fué el marido de la marquesa un apreciable fabricante de harinas, molinero en su primera juventud, enriquecido después con el tráfico, hasta el punto de contar á su muerte con una de las más saneadas fortunas de Ribereda; decían lenguas mordiscantes que no todo el caudal de don Mauricio Pérez Hurtado había salido de las máquinas que convertían el rubio trigo en harina de flor; hablábase de retros, de préstamos, de usuras y otras turbias fuentes, entre las que figuraba la creación de un famoso Banco—señuelo para cazar alondras con dinero—, cuya muerte siguió muy de cerca al nacimiento. Político por cálculo, don Mauricio era jefe local de un partido; cierto primate madrileño explotábale muy lindamente, y pagó la lealtad del exmolinero—y el hospedaje que éste le

dispensara cierta vez que fué á Ribereda como mantenedor de unos juegos florales—, concediendo á la viuda un título que satisfacía y colmaba su vanidad. El flamante marquesado fué llave que abrió á las Hurtado los palacios del barrio de Santiago—que hasta entonces se las habían mostrado esquivos, huraños, inaccesibles— y derrochando á manos llenas el caudal que atesorara don Mauricio, madre é hija lograron adueñarse del Ribereda frívolo que luce y se divierte.

Es la marquesa una mujer cincuentona, ordinaria; mejor que el abrigo de terciopelo y nutrias y el sombrero de plumas, la sentaría el mantón persa y las peinetas de concha de las carniceras del mercado.

Su hija Niní—bonita como un *bibelot* de poco precio—ejerce en Ribereda el virreinato de la moda; es cursi, con esa cursería provinciana que no consiste, como en Madrid se cree, en vestir con arreglo á figurines atrasados, sino en exagerar el grito último, hasta que resulta desgarrador chillido, convirtiendo en rabioso color lo que debiera ser matiz, *nuance* delicada, y en vestir á todo trapo las más fastuosas *toilettes*; así la de Hurtado es caricatura de un *cliché* del *Gentlewoman*, y á pesar de que la envían desde la calle de la Paz las últimas creaciones va siempre detestablemente ataviada. Por excepción esta tarde viste un correcto traje de visita, sobre el que desfallece el blanco boa decretado por una reina rubia, joven y hermosa.)

MARQUESA (*entrando*)

¡Oh, condesa!... ¡Blanca! (se saludan; con exageradas muestras de afecto las de Hurtado; cortésmente, con afabilidad mezclada de altivez, la condesa y Blanca).

¡Deseando venir á ver á ustedes! ¡Sabe que las estimamos, condesa! ¡Somos buenas amigas!...

(Molesta la condesa por el tono protector de la ex-molinera, tiene en la lengua una acerada réplica, pero su exquisita corrección la veda decir nada desagradable á las personas que visitan su casa, y, reprimiéndose, da las gracias con una sonrisa encantadora).

NINÍ

No se puede visitar á los amigos... ¡Hay tantas cosas! ¡Tantas fiestas!...

MARQUESA

Está desconocido Ribereda. Antes era tan pacífico, tan tranquilo. ¡En nuestro tiempo ¿recuerda usted, condesa?

CONDESA (*sonriendo*)

¡Oh! ¡En nuestro tiempo! (Recuerda la condesa, que en los tiempos añorados por la Casa Hurtado vegetaba ésta oscuramente en las tenerías de su padre, curtidor de oficio).

BLANCA (á Niní)

¿Te diviertes mucho?

NINÍ

¡Oh, sí, mucho!... ¿Tú sabes? Hemos instalado *skating* en casa... Y el Nuevo Club ha arrendado campo para deportes; el mes que viene es la inauguración; jugaremos al *tennis*, al *golf*, al *diávolo*... los muchachos correrán un *polo*. Y ahora preparamos una fiesta magnífica... un *rally-paper* ¿sabes?

CONDESA (fingiendo extrañeza)

¿Un *rally*?... ¿Y eso que es?

MARQUESA

Una cosa rara; una especie de cacería... pero sin caza; en lugar de liebres hay unos papelitos... ¡Lo ha discurrido Niní!

(La marquesa dice esto con orgullo, convencida de que el deporte es invención de su hija).

NINÍ

Entre Malvar y yo lo organizamos. Los que no sepan montar irán en automóviles, en coches; los demás á caballo—; más de cincuenta ginetes!—La correría será en Monroy.

CONDESA

¿En Monroy?...

(La noticia sorprende á la condesa. Monroy es suyo. ¿Cómo no la han pedido permiso para correr el rastro?)

NINI

Queremos que sea una fiesta selecta, *chic*; viene Lardhy á servir el almuerzo; lo hemos puesto carito para evitar mezclas, *curtilerías*, — ¿comprendes? Cien pesetas cubierto. ¡Así no está al alcance de todos!

(A Blanca, sonriendo). Contamos contigo...

BLANCA (*para quien no pasa inadvertida la intención de Nini*)

Conmigo no... No estoy animada.

CONDESA

¿Por qué no? Acepta. Te distraerás. Te acompañará Jaime.

BLANCA (*resistiendo*)

No. Tendrías que quedarte sola.

CONDESA

¡Por un día!... Bastante te sacrificas por mí. Nini, cuenta con Blanca.

MARQUESA

¡Claro que sí! Vendremos á buscarla;

aunque usted no vaya, condesa, conmigo estará muy bien; ¡como si fuera mi hija!

(La ingenuidad de la Casa Hurtado hace reír á la condesa que no tiene fuerzas para agradecer el honor dispensado á Blanca con aquel prohijamiento).

BLANCA (*seria*)

No prometo nada. Ya te avisaré.

NINÍ (*comprendiendo*)

Como gustes... Yo he encargado mi amazona á París. Falda negra, casaca roja, tricornio... ¡un encanto!

(Al oír la descripción, la condesa y Blanca hacen esfuerzos inauditos para contener la risa, y se figuran ver á Niní corriendo por los campos de Ribereda con aquella vestimenta de teatro).

BLANCA

¿Y... llevan todas *habit rouge*?

MARQUESA (*ofendida*)

¡Oh, no!... ¡¡Sólo Niní!!

NINÍ

Las demás no se atreven—¡son tan ñoñitas!— ¡Y es el traje de rigor en todas partes!

BLANCA

¿Tú lo has visto?

NINÍ

...A María Guerrero en el teatro, y en los figurines de *Femina*... ¡y en las novelas de Jorge Onhet!

BLANCA

¡Ah... Entonces! (Pausa).

NINÍ (*mirando por la ventana*)

Es hermoso este parque. ¿Y aquél huerto, también es de ustedes?

CONDESA

(Aprovechando la ocasión para librarse de la charla frívola de Niní que la resulta insoportable)

¿Quieres verlo? Blanca, acompaña á Niní; enséñala el parque, el huerto, el invernadero...

BLANCA (*turbada*)

¡Oh! ¡Tiene poco que ver!

NINÍ (*disponiéndose á salir*)

Sí, vamos. Me darás unas flores.

BLANCA

No las hay dignas de ti, *ma belle*; tendrían que ser flores exquisitas, ultramodernas, ¡orquídeas! Y no tenemos más que flores anticuadas—rosas de té, camelias...

NINÍ (*sonriendo*)

... Y flores de lis.

BLANCA (*con rapidez*)

... Tres. De plata sobre campo de azur...
Pero están en el escudo... ¡y no se pueden
ofrecer!

(Salen Blanca y Niní.)

ESCENA TERCERA

En el parque: BLANCA Y NINÍ.

En el salón: LA CASA HURTADO
Y LA CONDESA

En el salón MARQUESA

A mí me encantan estas casas antiguas;
es hermosa ésta de ustedes.

CONDESA

¡Oh! ¡No vale nada Balsain! Los palacetes modernos tienen más gusto, más comodidades, más *comfort*.

MARQUESA

Pero las casonas viejas tienen *un no sé qué*; ¡la fachada con esa Virgen siempre con una lamparilla ardiendo!

CONDESA

Es una promesa. La imagen es nuestra patrona.

MARQUESA

¡Qué hermoso! ¡Tener una patrona especial para uno, para la casa, como Ribereda tiene á Nuestra Señora del Socorro!... A Niní se lo digo muchas veces; tenemos que buscar el Santo que sea nuestro protector!

CONDESA (*aparte*)

¡San Expedito, patrón de los advenedizos, de los improvisados!... ¡O San Dimas, el salteador arrepentido!

(Esto—¡claro es!—no lo dice en voz alta la condesa. Sonriendo se limita á replicar.)

... ¡Acaso en el archivo de su familia haya datos...!

(La marquesa calla. No sabe que su familia tenga más archivo que el de protocolos de un tío suyo, notario en Villatores.)

En el parque

NINÍ

Tenéis esto muy descuidado... Aquí debíais instalar un *tennis*, y en este pabellón hacer una *serre*... ¡Y dar fiestas... bailes!

BLANCA (*comprende la intención mortificante de Niní y, disimulando, se disculpa.*)

¡Ya ves!... ¡Como mamá está así! ¡La pobre!

NINÍ

¡Es verdad! ¡Pobre condesa! ¡No sé como tenéis calma!... ¿Por qué no la lleváis á un

especialista? En París, en Berlín los hay notables... ¡Si fuera yo!

BLANCA (*sonriendo*)

¡Si fueras tú!...

NINI

¡La salud es lo primero!... ¡En vuestro caso!

BLANCA (*interrumpiendo, con amargura*)

¡En nuestro caso!... ¡Dios quiera que no te veas nunca en nuestro caso!!

En el salón

MARQUESA (*lentamente*)

Hacía tiempo que no entraba yo en este saloncito; lo han transformado ustedes.

CONDESA (*aparte, sorprendida*)

¿Qué dice?... ¿Transformado?... ¡Si está todo como siempre!

MARQUESA

... Aquí tenían ustedes unos tapices, y un retrato soberbio, y en el vargueño unas rodela... ¿Lo han llevado ustedes á otro sitio?

CONDESA (*alarmada, aparte*)

¿Qué no están los tapices ni el retrato?.. ¡No puede ser! (Alto). ¡Ah, sí! se ha trasladado todo... ¡Cosas de Jaime!

MARQUESA

¡Ya!... ¡Cosas de Jaime! Los hijos lo trastornan todo. ¡Si fuera por nosotros, por los viejos, no cambiaría nada!

CONDESA

¡Las cosas tienen que cambiar! (Aparte). ¡Si no cambiara nada, estarías tú ceruiendo harina, curtiendo pieles!

NINÍ (*entrando con Blanca*)

¿Vamos, mamá? Es tarde. Tenemos que ir á casa de la generala; tomamos allí el té. (Pasando junto al piano). ¿Qué tocabas?... ¡Ah, *La damnation!*, la ví en el Real, ¡un decorado precioso!... Ahora hay unos valeses—¿los conoces?—Los de *La viuda alegre*, *Pourquoi baisser les yeux*, y otros que tocan los zíngaros en Biarritz... ¡un encanto! ¡un amor!

BLANCA

¿Los tocas tú?

MARQUESA (*orgullosa*)

Sí... ¡¡con la pianola!!

(Se despiden las Hurtado; Niní sacude la mano á Blanca con un vigoroso *shake hand* y sale satisfecha por haber hecho rabiar á su amiga; su madre no oculta su disgusto; durante toda la visita no ha podido conseguir que la condesa la llame una sola vez por su título.)

ESCENA CUARTA

LA CONDESA, BLANCA

BLANCA

¡Ay! ¡Por fin!... ¡Qué visita más enojosa! La madre con su cursería insoportable, la hija con su charla insustancial.

CONDESA

A mí me han distraído. Oír á la Hurtado el elogio de las tradiciones, de los tiempos viejos... ¡Es delicioso!

BLANCA

¡Haciendo alarde de su dinero, de su riqueza improvisada!

CONDESA

¡Pobre gente! Es su blasón; ¿quieres que no lo ostenten? Aunque la Hurtado inscribiera bajo su flamante corona el número de acciones del Banco que posee ó la cifra

del último balance de su fábrica, no me sorprendería... ¿No exhibimos nosotras nuestro escudo en la fachada, en los muebles?... Los alardes de los improvisados sólo pueden molestar á los venidos á menos ó á los que no supieron subir, *improvisarse* también. ¡A nosotras no! Balsain es fuerte y poderoso. Por mucho que suba esa molinera, el condado de Ossorio estará siempre sobre ella.

(La condesa dice esto último con intención, sintiendo que su ceguera no la permita ver el efecto que sus palabras producen en Blanca; ésta, turbada, palidece y calla.)

CONDESA (*lentamente*)

Oye, Blanca. ¿Sabías tú que iba á celebrarse esa fiesta en Monroy?

BLANCA

¿Yo?, no. ¿Por qué, mamá?

CONDESA

¡Es extraño! Parecía natural que nos pidieran permiso. ¡Monroy es nuestro!

BLANCA

... ¡Como Quintana es el arrendatario!...

CONDESA

No importa. Los dueños somos nosotros y á nosotros debieron dirigirse. ¿Qué sabe

nadie si quiero yo que por mi dehesa corra la de Hurtado vestida de máscara?

BLANCA

... Acaso hayan hablado á Jaime.

CONDESA (*recelosa*)

¡Acaso! De todos modos convendría advertir á Quintana. (pausa).

BLANCA

¿Querrás algo, mamá?

CONDESA

¿Vas á salir?

BLANCA

Con Mis O'Cowan. Necesito visitar á mis pobres, hacer unos encargos... ¡Pero si tú me necesitas!

CONDESA

¡No, hija, no! Adiós.

(Blanca se inclina para besar la frente de su madre; la condesa alza las manos y sus dedos tropiezan en el rostro de su hija acariciando sus orejas.)

CONDESA

¡Qué es esto, Blanca! ¿Y tus pendientes?

BLANCA (*aturdida, se arranca bruscamente de los brazos de su madre; después, serena, contesta*)

No los llevo hace tiempo. Es la moda.

CONDESA (*preocupada*)

¡La moda!

BLANCA

Los tengo guardados. ¿Quieres que los traiga?

CONDESA

No. ¡Qué ocurrencia! ¿para qué?... Anda á vestirte.

BLANCA

Adiós, mamita. (Sale gozosa como el que acaba de escapar de un gran peligro.)

ESCENA QUINTA

LA CONDESA, sola

MEDITACIÓN

¿Qué sucede? ¿qué pasa? En sombras vivo. Ciega estoy. ¡Oh mi triste ceguera, mi pobre retina muerta, mis pupilas cerradas al sol!

Y sin embargo creo ver... creo atisbar... Y quisiera vivir en eternas tinieblas... Porque lo que atisbo es una cosa horrible. ¡Oh mi Dios, mi Virgen! ¿Habré sido ciega dos veces? Ciegos mis apagados ojos; ciega mi alma que no acertó á ver la realidad. Bañaba en luz mi pecho, y mi corazón se calentaba al sol. Y la luz era mentira y el sol pintado. ¡Farsa era la opulencia, muerte la vida, el oro y la plata purpurina y talco!

Bisturí de cirujano han sido para mí las palabras de la marquesa. Sajaron mis ojos, desgarraron mi ceguera; ¡hasta el alma lle-

garon! ¡Que crueldad! ¡cómo duele!... Pero no me dieron toda la vista, toda la luz. Algo vislumbro, pero es de través, con el rabillo del ojo. Y lo que vislumbro está velado por sombras y misterio! Y ello es sombra y misterio también! Negrura sobre negrura, tinieblas sobre tinieblas, y en el fondo, ¡el gran dolor! ¡la tristeza infinita!

¿Tapices, rodela, el retrato?... ¿Monroy?... ¿los pendientes?... ¿Por qué dijo Blanca «guardados están»? ¿Por qué agregó «quieres que los traiga»? ¿Y por qué se turbó al decirlo? ¡Ah! Engaño hay en sus palabras solícitas. ¡Qué tormento! La sospecha me hiere como áspid ponzoñoso, y la herida tiene el veneno de la duda, el aguijón de la incertidumbre.

Quiero la luz. Quiero la verdad. ¡Aunque la luz sea de infierno, ¡fuego que abraze! ¡Aunque la verdad tenga sabor de muerte... ¿Eres como siempre, Balsain? ¿Estás como siempre, palacio? ¿Vestido como para una fiesta, como para una boda? ¿O estás desnudo, desmantelado, como después de una almoneda?

¿Quién me responderá? ¿Quién me guiará? Ciega soy sin lazarillo ni perro en quien fiar. Porque los lazarillos son falaces y me conducirían por caminos de mentira, tendiendo alfombra de engaños bajo mis pies para que no se hiriesen al pisar la dura realidad... ¿Blanca? ¿Jaime?... ¡No, no!... Para buscar la verdad ¿á quién llamaré? ¿Quién me atenderá?

(Se oyen risas de niños; libres de la tu-

tela de Mis O' Cowan que salió con Blanca, juegan Carlos y Berta.)

¡Ah! Entre risas viene á buscarme mi lazarillo, mi guía; inocente es como un cordero; de su inocencia me serviré para mi búsqueda ¡Carlos!... ¡No; no! ¡Berta! ¡Berta!... ¡La verdad! ¡la verdad! ¡Hallaré la verdad!...

ESCENA SEXTA

LA CONDESA, BERTA

BERTA (*entrando*)

¡Abuelitina! ¿Qué quieres? ¿Me llamas?

CONDESA

Sí; oye. Vamos á dar un paseo, á recorrer la casa. Nos han dejado solos; tití Blanca no está. ¡Vas á guiarme! ¿Tú conoces bien todo el palacio?

BERTA

¿Si lo conozco? ¡Ya lo creo!... Ven conmigo; apóyate. (La condesa se incorpora y tomando el brazo de su nieta sale de la estancia; sobre su hábito pardo lleva la capa de terciopelo y pieles, y al andar se apoya en su bastón de ébano con puño de marfil. Entran en un salón).

CONDESA

¿Dónde estamos, Berta?

BERTA

En el salón azul, abuela.

CONDESA

¡El de las porcelanas, el de las cornucopias! Esos jarrones que hay sobre las consolas son piezas de Sevres, de Capo di Monte; cada una vale muchos miles de pesetas. ¡Y los espejos son también de gran mérito!

BERTA (*riendo*)

¿Jarrones? ¿Espejos?... ¡Abuelitina! ¿Qué estás diciendo?... ¡Si no hay nada! ¡Las consolas vacías!...

(Berta ha pasado la tarde leyendo cuentos de Grimm, soñando que es princesa encantada; la vida se ha borrado para ella, y olvidada de todas las advertencias de *titi* prosigue con adorable ingenuidad).

No hay más que el tapiz, ¡con unos desgarrones! y las sillas también deterioradas. (Sobre el brazo de su nieta, la mano de la condesa se crispa y tiembla; cree ver la desolación de aquella estancia, desnudas las paredes, roto el damasco azul flordelisado... Pasan á otro salón).

CONDESA

Este es el salón rojo. Aquí no se entra nunca. ¿También está muy deteriorado, verdad? (Para infundir confianza á la niña la condesa finge estar enterada de lo que desea averiguar)

BERTA

Mucho. ¡Qué lástima! ¡Las cortinas con unos agujeros! Y el techo pintado—¡tan bonito!—con grietas. Por algún sitio se ven las vigas. El escudo del centro tiene una gotera... ¡y la mitad de la corona se ha caído!

(Angustiada, calla la condesa; sus ojos ciegos ven los cortinajes apolillados, empalidecido el noble carmesí hasta dar en un rosa débil, de clorosis, de anemia; profanado por las goteras su blasón; desteñidos sus esmaltes—gules, sínople, azur, sable—... sin brillo los metales; el oro de las barras, el plata de las lises...)

CONDESA (*aparte*)

¡Oh, tormento! ¿Balsain, dónde has llegado?... ¡Verdad! ¡Verdad! ¡Cómo amargas mi vida! ¡¡Gusto de mil ajenjos hay en la verdad!! (Alto) Vamos, Berta... ¡A la galería de retratos!

BERTA

¿La galería de retratos?

CONDESA

Sí, ¿no sabes? Aquí, á la derecha; junto al vestíbulo.

BERTA

¡Ah! ¡Ya! ¡el cuarto oscuro! ¡el de los

leones!... No hemos entrado nunca; dice *tití* que hay brujas.

CONDESA

¿No habéis entrado?... ¡Tonta, ya verás!
(Frente á la puerta, á tientas, la condesa busca la cerradura y hace girar la llave. La vieja pinacoteca de Balsain aparece desmantelada, vacía; los marcos sin retratos, en los ángulos cuatro bausanés con armaduras de latón).

Los retratos de los condes de Ossorio, de tus abuelos, aquí están todos. Mira. Este de aquí es don Fadrique, el fundador, el de la hazaña (señalando en el muro un marco vacío).

BERTA (*conteniendo la risa*)

¡Pero qué cosas tienes, ¡abuelita! ¡Si no hay nada; no hay nada!... ¿Retratos?... ¡Marcos vacíos!... ¡con unas telarañas! Convéncete; toca con el bastón...

(El bastón de la condesa se revuelve en el marco vacío; después la dama toca la contera de plata y sus dedos anhelosos, temblones se enredan en los hilillos tenues y suaves que tejó la aracne...)

BERTA (*insistiendo*)

¡No hay retratos; no hay más que cuatro guerreros en las esquinas, con unas armaduras muy bonitas!

CONDESA

¡Ah! Las armaduras... ¡Las armaduras milanesas!... (Golpea una de ellas con su báculo; un ruido seco y falso, de metal barato, la dice la verdad). ¡Ah!... Tampoco!... ¡Lo que temía! ¡Lo que sospechaba!... ¡Falsas!... ¡Falsas!...

(En un arranque de dolor la condesa derriba la armadura que cae al suelo con estrépito. De entre la paja del bausán salen dos ratones que atraviesan la galería asustados, veloces. La condesa llora.)

BERTA (*asustada*)

¡Abuelita! ¿Qué tienes?... (Recordando tardíamente las advertencias de *titi*). ¡Ay!... ¡Qué he hecho!... ¡Abuela! ¡*abuelitina!*... ¡Perdón! ¡perdón!...

CONDESA

¡Perdón! ¿por qué?

BERTA

¡Se me olvidó! No debía decírtelo... nos lo advirtió *titi* Blanca. ¡Era pecado!

CONDESA (*besándola*)

¡No, no es pecado!... ¡Ven; al invernadero, al parque!... ¡Llévame!

BERTA (*se resiste llorando*)

¡No, no! ¿Para qué? ¡Está todo como siempre!... ¡Como siempre!

(Tercamente la condesa arrastra á la niña hasta el jardín.)

BERTA

¡Hace frío, abuela!... ¡Vamos á casa! ¡Me reñirá *titi*!

CONDESA

No; *titi* no te reñirá; no sabrá nada. Ven (Llegan al invernadero). Dime, ¿qué flores hay aquí?... ¿qué plantas?

BERTA

¡Muchas, abuela! Geranios, rosales, camelias...

CONDESA

¡No mientas!... ¡La verdad!

BERTA

¡Es pecado!... ¡Es pecado!

CONDESA

¡Pecado, mentir!.. ¡Pecado, engañar á la abuela! ¡Cada mentira es un sapo que sale de tu boca!...

(Con su bastón escudriña la estufa vacía; el cayado se mueve en todas direcciones y tropieza con un tiesto roto, con un trozo de teja... una gallina salta cacareando.)

CONDESA

¡Nada!... ¡No hay nada!

(Su alma, vuelta á la realidad, comprende el abandono del antes cuidadísimo invernadero, orgullo de la casa; adivina las gradas desiertas y ruinosas, la techumbre de vidrio destrozada...)

BERTA

¡A casa, abuela! ¡Vamos á casa!

CONDESA (*agobiada*)

¡Sí; á casa!... ¡Vamos, vamos!...

(Arrastrando, apoyada en su bastón y en su nieta, la condesa marcha lentamente; atraviesa el parque, sube la escalinata que conduce al palacio. Sobre sus hombros siente toda la pesadumbre de la verdad terrible, abrumadora. ¡Balsain en ruinas!... Cree ver el jardín; desnudos los arriates, el *parterre* cubierto de malezas, el césped sucio, despeinado y con calvas, secos los árboles, con guijarros y broza los senderos, las fuentes sin agua, los surtidores mudos... todo el desamparo de los jardines que fueron atildados y bellos, de los jardines abandonados que mueren de desaliño y sed... La condesa se estremece. Tiembla de dolor y de frío.)

¡La verdad! ¡Era esto!... ¡Desolación!... ¡Tristeza!... ¡Arruinada mi casa! ¡¡Arruinada!!...

(Atardece. Y en la calma del día que

muere, desde el último peldaño—señorilmente envuelta, como en manto de corte, en su capa, á cuyos pliegues Berta se acoge con miedo—la condesa vuelve sus ojos ciegos al umbrío parque, á la ruinosa casa, y su figura noble, altiva, doliente, tiene bajo la luz indecisa—de brumas y misterio—la trágica tristeza de las cosas que fueron grandes y se abaten, de los hidalgos linajes decaídos, de las aristocracias que se esfuman... de todas esas bellas y altas cosas de pasados siglos... ¡que mueren!... ¡¡que se van!!...)

ESCENA SÉTIMA

Por la noche. En el casino de Ribereda. Una sala misteriosa, escondida en el piso alto, al final de un largo pasillo. Dentro, riqueza y gusto detestable; chorrean purpurina las paredes y el techo; sillones de piel, incómodos de puro mullidos y fofos; colosales sirenas de bronce dorado sostienen candelabros; en los zócalos jaspe y mármol rosa. Una larga mesa en el centro; sobre ella dos lámparas con pantalla de seda inundan de luz el paño verde.

JAIME BALSAIN, JUAN FRANCISCO QUINTANA, MARTÍNEZ, prestamista, AGUADO, general, MALVAR, gomoso; abogados, oficiales del Ejército, burgueses.

UN BURGUÉS (*abandonando la baraja*)

... ¡Talla!

AGUADO, general

Acepto. Diez mil pesetas. Hagan juego.
(Se sienta en el sitio que le cede el bur-

gués, acomodando su abdomen en la escotadura de la mesa, y deposita sobre el tapete una cartera.

JAIME (*hablando con Martínez, prestamista, en un diván que ocupa un ángulo de la sala; es aquel rincón el preferido por Martínez para sus misteriosas conferencias, y la sátira riberedense lo designa con el sangriento nombre de El huerto del francés*).

... ¿Es su última palabra?

MARTÍNEZ, prestamista

¡La última! ¡Lo siento! Nada puedo hacer... ¡sin garantías!

JAIME

¡Pero una prórroga, una espera!

MARTÍNEZ

He dicho á usted que no tengo ya que ver en eso. Transferí mis créditos á Quintana... Hable usted con él. Allí le tiene.

JAIME

¿Con Quintana? Hablaré. Dudo conseguir nada. Andamos esquinados, de punta...

MARTÍNEZ

... ¿Cuestión de faldas?

JAIME

De ojos... ¡A él y á mí nos gustan los azules!...

MARTÍNEZ (*con malicia*)

¡Ya, ya! ¡Todo se sabe! (Se separan.)

UN ABOGADO (*arrojando una ficha*)

¡Va aquí!

MALVAR, gomoso

¡Al mismo paño!

UN OFICIAL (*entregando un billete á un croupier*)

¡Va todo! ¡Al contrario!

AGUADO, general

¡Juego! ¡Y no va más!

JAIME (*aparte á Quintana*)

¿Qué te propones?

JUAN FRANCISCO QUINTANA

Cobrar lo mío.

JAIME

¿Y para eso has comprado á Martínez sus créditos?

QUINTANA

¡Ah! ¿Lo sabes? Te ví en el huerto del francés pero creí que estabas pidiéndole dinero.

JAIME

Y acertaste.

QUINTANA

¿Te lo dió?

JAIME

Podía decirte que no te importaba. Pero no; no me lo dió. ¡Ya ves si soy franco!

QUINTANA

Me alegro... ¡Ya ves que correspondo á tu franqueza!

JAIME

¡Gracias!... Estoy pelado. Ayer tenía mil pesetas; hoy debo quinientas al conserje; en tu bolsillo y en los de ese buitre de Aguado deben de estar. (Pausa) Y... ¿cuánto te debemos?

QUINTANA

Cinco mil pesetas. ¡Y te prevengo! he tomado mis precauciones, mis medidas. Los criados tienen órdenes; si en un plazo de tres días no solventas la deuda, tu madre, la Excm. Sra. Doña Teresa de Riaño, condesa viuda de Ossorio, señora de Balsain y de Monroy, se verá detenida á la entrada del huerto, y no podrá dar su acostumbrado paseo.

JAIME (*indignado*)

¡Juan Francisco! ¡Es una canallada!

QUINTANA (*impasible*)

Es un derecho.

JAIME

¿Qué te propones? Contra mí puedes hacer lo que gustes. Si quieres guerra, luchemos en buen hora... ¿Pero mi madre qué te ha hecho?... ¿Y Blanca, mi hermana? ¡Toda su vida, toda su voluntad, su energía indomable la ha dedicado á ocultar á nuestra madre la ruina de la casa!... ¡Y ahora, tú, de un golpe, inutilizas sus esfuerzos.

QUINTANA (*con emoción involuntaria*)

¡Ah, Blanca!... ¡Tu hermana Blanca!

JAIME (*sorprendido*)

¿Qué?

QUINTANA (*con espontaneidad*)

...¡Que algo tenéis en vuestra casa que bastaría para pagar con creces todas las deudas por grandes que fueran!...

JAIME

¿Cómo?... ¿Qué quieres decir?... (Pausa).

UN ABOGADO

¡Carta!

UN OFICIAL

¡Otra!

AGUADO (*distribuye las cartas; se esparcen por la mesa reyes, pajes y damas, encendidos corazones, tréboles rombos rojos—los naipes franceses, El general alzando su carta*)

¡Siete!

UN ABOGADO

¡Ocho!

UN OFICIAL

¡Cinco!... ¡Maldita suerte!

MALVAR

¡Venga aquí! ¡Ganamos!

(Las raquetas barren la mesa; chocan las fichas con ruido macabro de osamenta.)

UN BURGUÉS

¡Falló por esta vez! ¡Acertaré ahora! ¡Es infalible!... (En un cuaderno sigue combinando martingalas).

JAIME (*aparte á Quintana*)

...¿Cómo lo tenías tan callado?

QUINTANA

¡Vergüenza! ¡Timidez! ¡La verdad! ¡Tenéis fama de altivos, de orgullosos! ¡Temía que me rechazarais!

JAIME

¡Qué tontería!... ¡Yo hablaré á mi hermana!

QUINTANA (*efusivo*)

¿Hablarás?... ¡Si consigues lo que pretendo, Jaime! ¡Si logras que me acepte! ¡que me quiera!... ¡que nos casemos!... ¡Renuncio á todo!

JAIME (*con intención*)

...¿A todo?...

QUINTANA (*comprendiendo, con un guiño*)

¡A todo!

(En la sala ha terminado la partida. Los jugadores se retiran; los gananciosos ríen, charlan á gritos: Malvar—repletos de nácar los bolsillos—tararea un *couplet* de Polín. Interjecciones, juramentos, un burgués blasfema. En el *comptoir*, ruido de fichas y tintineo de monedas... Y en aquel ambiente canallesco, de disipación, de vicio, Jaime decide la suerte de su hermana, y estrecha solemnemente la mano de Juan Francisco para sellar un pacto...)



JORNADA CUARTA



EN el salón de confianza del palacio de Balsain.

ESCENA PRIMERA

BLANCA, sola

MEDITACIÓN

¿Qué me dijo mi hermano?... Como plomo derretido cayeron en mis oídos sus palabras; fueron lumbre que abrasa, y también fueron hielo que congeló mi alma: «Quintana quiere cerrar el huerto á nuestra madre. Un medio hay de evitarlo. Está enamorado de ti. Quiere casarse»... ¿Qué sentí al escucharlo? ¿Fué indignación? ¿Fué vergüenza? ¿Fué asco?... Si la noticia me ofendía, ¿por qué no protesté? Y si me repugnaba, ¿por qué no expresé mi disgusto? Rotundamente debí rechazar el mensaje y dar digna repulsa al desdichado que se prestó á servir de mensajero. Nada hice. Como en sueños quedé, sugestionada.

Y algo ví en mi deliquio. Ví una casa que se desmoronaba, que se hundía, sin ruido, sin estrépito, con lentitud — teja por teja, viga por viga, piedra por piedra...—Y sosteniéndola, yo sola; ¡que esfuerzos!... ¡qué trabajo!... Al fin flaqueo; un sillar falta y mis brazos son débiles para detener la techumbre que se desploma... De pronto, un auxilio, un puntal; quien me lo ofrece es un hombre zafio, toscó—su alma y su cuerpo de plebeyo encumbrado—. Por precio de su ayuda pide mi mano; para sostener el techo que se hunde ha de sujetar mis dedos entre los suyos, fuertes, vigorosos... En la estancia mi madre inadvertida, sin percatarse de la catástrofe que amenaza... Las vigas crugen, el techo va á caer; debajo mi madre, rezando, tranquila, indiferente, ¡ciega!...

¿Cómo dudar? ¡Venga el auxilio, el puntal! ¡Vengan los brazos que han de evitar la ruina! ¡Aunque los brazos tengan que enlazarse á mí—cadenas que aprisionan, serpientes que ahogan!... ¡Aunque las manos del telamón de piedra tengan que estrechar la mía de cariátide!...

Cuando he soñado esto, mi orgullo se ha abatido, y con palabras suaves he contestado al emisario. Con las palabras de la gran humildad, de la gran mansedumbre: «Sierva soy»... «No se haga mi voluntad»... «Beberé mi cáliz»... ¡Palabras de resignación, de sacrificio, de martirio!

Porque martirio será desde hoy mi vida. ¡Martirio horrible!... Dirán amor mis la-

bios y mi pecho sentirá desprecio. Ataré mi existencia á la de un hombre que no quiero. Como perros en trailla irán nuestras almas, tan lejos como permita la correa... Espinas tendrá el azahar de mi corona nupcial, y mi blanco vestido de novia se enrojecerá con la sangre de mi pobre corazón martirizado.

Ignorado será mi dolor, y mi angustia pasará desconocida. De mi sacrificio harán befa, y me escarnecerán. ¡Oigo las burlas, los donaires! Caerán sobre mí las viperinas lenguas—tijeras afiladas—, y rajarán mi piel; morderán las bocas maldicientes, ¡bocado sabroso será para ellas la noticia de mi estupenda boda!... ¡Oh, la altiva—dirán—¡Oh, la orgullosa! ¡La inaccesible! ¡La indomable!... Ante la riqueza abatió la altivez, dominó el orgullo; con escalas de plata dejó que asaltaran su muralla, y al tintineo del oro se domó su fiereza... Y reirán... ¡reirán! Me tejerán corona de escarnios, me abofetearán con carcajadas, me flagelarán con látigo de ironías... ¡Nada faltará en mi pasión!... Sufrirá mi alma congojas de muerte, y ellos me supondrán satisfecha como el comerciante que realiza un buen negocio. Pues de negocio motejarán mi boda... ¡mi boda que es holocausto! Y me creerán calculadora... ¡cuando soy mártir!... ¡No importa; todo lo sufriré! Altiva soy; altiva y fuerte; de mi altivez haré escalera para llegar hasta la humildad. Que no está abajo sino arriba, sobre toda altivez, sobre todo orgullo. Hay que llegar

trepando, pisando en cada peldaño una pasión, oprimiendo el amor á sí hasta matar todo egoísmo. De mi fortaleza haré escudo contra toda debilidad, contra toda asechanza. ¡Sin vacilaciones cumpliré mi deber! ¡Consumaré mi obra!

¡Fuerte para un dolor! ¡Fuerte para mi sacrificio! ¡para mi aniquilamiento!... Arriba, junto á la cumbre, está mi corazón; mi corazón que es obstáculo; para llegar á la meta debo pisarle... ¡Le pisaré, le oprimiré, le estrujaré!... Sangrará la última gota, palpitará el último latido; después quedará inerte... Sin corazón viviré, muerta, sin sentir. De estatua será mi vida, de estatua de portada, adorno y sostén.

... Y en mi pecho, como residuo del corazón que me arranque, un cariño, un amor; el amor á mi madre que no sabrá la ruina de su casa, que ignorará que si el conde de Ossorio no conoció acreedores fué por el sacrificio de su hija Blanca, Blanca la altiva... ¡la última Balsain!

ESCENA SEGUNDA

BLANCA, BERNARDA

BERNARDA (*entrando*)

Señorita Blanca, acaban de traer esto.
(Presenta una bandeja con un sobre cerrado.)

BLANCA (*tomando el sobre*)

¿Quién lo ha traído?

BERNARDA

Un muchacho; no le conozco; parece un dependiente de una tienda.

BLANCA

Está bien.

(Sale Bernarda. Blanca rasga el sobre; viene dentro un papel entrelargo; la viñeta dice: *La Última Moda*.—*Ruiz, hermanos*. Debajo se lee: *Señora condesa viuda de Osorio*, y al frente de una columna de guaris-

mos, impresa en grandes letras, esta palabra: *DEBE...*)

BLANCA (*sorprendida*)

¿Cómo? ¿una cuenta?... ¿Qué es esto? (Leyendo.) Un corte de vestido... encajes... una blusa de seda... un mantón de Manila... ¡Imposible! ¡Esta cuenta viene equivocada! (De pronto, adivinando, exclama): ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Será?... Sí, sí; no hay duda!... es... (Llamando.) ¡Jaime! ¡Jaime!

ESCENA TERCERA

BLANCA, JAIME

JAIME

¿Llamabas?

BLANCA (*le entrega la factura*)

Sí, ¿qué es esto?

JAIME (*irritado*)

¡Una torpeza!... ¡Maldito Ruiz!

BLANCA (*con energía*)

¡Ah! ¡Luego era tuyo!... ¡Jaime! ¡Jaime!
En mis tristezas,—ya lo sabes,—un consuelo he tenido; el consuelo de que nuestra casa no conocía acreedor. «Nada debemos»—repetía—, y este pensamiento me daba fuerzas para sobrellevar mis sacrificios... Y mientras tanto... tú contraías deudas, sin contar que cuando los acreedores se cansaran de dirigirse á ti inútilmen-

te, habían de poner el nombre de tu madre al frente de una factura... ¡como esta que delata tus vicios, tus escándalos!...

JAIME

Te explicaré.

BLANCA (*indomable, con asco*)

¡No; explicaciones, no! Te lo repito. No quiero ahondar en tu vida... ¡Por decoro!.. ¡Para avergonzarme... con no saber nada de ella... sé demasiado!...

¡Jaime! ¡Entre todas las espinas que has clavado en mi alma, ninguna me llegó tan adentro como ésta!... Al hacer el sacrificio de mi vida, al acceder á casarme con Quintana dos cosas me propuse: que nadie pudiera reclamarnos nada; que mi madre no supiera la ruina... ¡y lo primero ya no lo consigo! ¡Oh! ¡Bajo esa capa de caballerosidad, bajo tu aparente corrección de hidalgo, Jaime, eres infame!

JAIME

¡Blanca! ¡Me insultas! ¡No lo tolero!... ¡Esto no puede continuar!

BLANCA

¡No; no puede continuar! ¡Busca una solución!

JAIME

¡Está buscada! Hace ya tiempo que me

cansa esta vida, este ambiente... Conozco que mi presencia te molesta y no quiero disgustos... Saldré de Ribereda. Viviré en Buenos Aires. Juan Francisco tiene negocios en la Argentina; ya le he hablado y accede á darme colocación. Aquí, en estas viejas ciudades, los hidalgos no podemos hacer muchas cosas que nos están permitidas en el Plata, en esos pueblos sin historia, donde no hay palacios que nos abrumen ni lápidas, estatuas ni leyendas por calles y plazas, que nos hablen de hazañas de nuestros abuelos. Viviré nueva vida. Al emigrar me renovaré; ¡Seré otro!

BLANCA

¡Quiéralo Dios! Como grilletes llevas en tus pies los malos hábitos. ¡Ojalá tengas fuerzas para romperlos! ¡Para desnudarte tu vieja piel y vestirme otra limpia, de hombre laborioso!... (Pausa) ¿Y á nuestra madre qué la diremos? ¿Cómo explicarla tu marcha?

JAIME (*con ironía*)

Todo está previsto. El rey me llama á su servicio... Para mi madre voy á Venecia á ser gentilhombre cerca de su Católica Majestad don Carlos VII... ¡Es el último engaño!

BLANCA (*recordando su boda, su sacrificio*)

¡El último!

JAIME

Y ahora una noticia. Juan Francisco vendrá esta tarde á visitarnos. Hay que prevenir á mamá.

BLANCA

- ° ¡Y decías que el pretexto de tu viaje era el último engaño! Ahí tienes otro más triste, más penoso... ¡porque con él somos tres los engañados!

JAIME

¿Vacilas ahora? ¿Te arrepientes?

BLANCA (*irguiéndose*)

¿Arrepentirme?... ¡No me conoces! Debes saber que cuando toma una resolución, tu hermana Blanca no vacila jamás!...

ESCENA CUARTA

Por la tarde: En el salón. LA CONDESA,
BLANCA, JAIME.

JAIME

Mamá; tenemos que darte dos noticias.

CONDESA (*alarmada*)

(Desde que descubrió la ruina de su casa vive en zozobra, pensativa y triste, aunque procura ocultar sus penas é inquietudes)

¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

JAIME

¡No te alarmes! Son buenas noticias; la primera te causará algún disgusto, pero en el fondo es satisfactoria.

CONDESA (*impaciente*)

¿Qué es?...

JAIME (*solemne*)

He recibido carta de Venecia. El Señor me llama; recordando la tradición de nuestra casa me ofrece el cargo de gentilhombre de su cámara y palacio. Tengo que ir á Italia.

CONDESA (*suspica*)

¿Te nombra gentilhombre?... ¿Te mandará la llave?...

JAIME (*confuso*)

No; quiere imponérmela él mismo; allí; en Loredán, en el cuarto de banderas para dar mayor solemnidad á la ceremonia.

CONDESA (*aparte*)

¡Me engaña!... ¿Dónde irá?... ¡Desde que tengo la verdad, todo me parece mentira y farsa; de todo recelo! ¡Pero no hablaré! ¡No hablaré! Sospecho que Jaime no es ajeno á la ruina de Balsain... ¿Huirá arrepentido? ¿Querrá emprender lejos de aquí una vida de redención?... ¡Sea lo que Dios quiera! (Alto). Gran merced te hace el rey. Acepta. Marcha á Venecia. ¡Que el sacrificio que hago al despedirte, se una á los que todos hicimos por la Causa!

JAIME (*besando la mano de su madre*)

Contaba con tu licencia, mamá. No temas; el mundo se ha achicado. Venecia no está lejos. Volveré.

CONDESA

¿Y la otra noticia?... ¿Dijiste que eran dos?

JAIME

La otra no me afecta á mí directamente. Es Blanca la que...

BLANCA (*con disgusto*)

¡No; dilo tú!

JAIME (*malicioso*)

Sea. Tenemos que anunciarte una visita. El señor don Juan Francisco Quintana quiere ofrecerte sus respetos.

CONDESA

¿Quintana? Bien. ¡Que venga! ¿No es amigo tuyo?... ¿Pero qué tiene que ver Blanca?... (Adivinando). ¡Cómo!... ¿Será?...

Jaime ríe; Blanca le reprocha su risa con una mirada de dolor.

CONDESA (*aparte*)

¡Quintana pretende á mi hija! ¡Y ella no le rechaza! ¡Qué humillación!... ¡La sufriré!... Para mi hija esta boda es un medio de librarse de la ruina! ¡Finja yo que me agrada su elección que la asegura una existencia próspera, feliz! ¡Condesa de Ossorio, sacrifica tu altivez!... ¡¡Por tu hija!!

(Alto). ¡Ya! ¿con que Quintana?... Y tú, Blanca, ¿qué dices?... ¿Le quieres?

BLANCA

Sí... (Es un sí tímido, que sale apenas de una garganta inundada de lágrimas; la Condesa, en su ceguera, atribuye á rubor lo velado y tácito de la respuesta).

CONDESA

¡Pues si le quieres... sea!... (sonriendo tristemente)... Mayordomo de la casa de mi padre fué el abuelo de Quintana. ¡Qué importa! Así verán que la casa de Ossorio, no obstante su abolengo, marcha con el tiempo y sabe ser demócrata, popular... (Aparte) ¡Venga, venga Quintana! Y que su oro restaure mis blasones y su dinero tape las grietas de un viejo palacio. Y que mi hija no sufra privación y viva como siempre vivió...

BLANCA (*aparte*)

¡Mi madre acepta! Hasta el último momento conservé la esperanza; pensaba que un rasgo de altivez la haría rechazar á Quintana, oponerse... ¡No ha sido así! ¡Mi sacrificio es inevitable!

CONDESA (*aparte*)

¡Que la muerte venga pronto por mí, y que mi hija viva rica y dichosa!

BLANCA (*aparte*)

¡Sea mi madre feliz en sus últimos años, no sepa nunca la verdad y viva yo muriendo de dolor y de angustia!...

ESCENA FINAL

DICHOS, ROMÁN, JUAN FRANCISCO
QUINTANA

ROMÁN (*anunciando*)

Don Juan Francisco Quintana desea ver á la señora condesa.

(Blanca palidece, Jaime se azora, la condesa, serena, otorga con un gesto.)

¡Que pase!...

Entra Juan Francisco Quintana; viste ropa fina y bien cortada, pero sin elegancia, sin soltura; sus ademanes son pesados y torpes, inseguro su paso, como de hombre no habituado á la vida de mundo. Con todo, al llegar á la condesa recoge la mano que ésta le tiende amable, y, caballerosamente, roza con sus labios el mitón de seda. Frente á Blanca queda suspenso un instante, azorado, indeciso. Ella avanza un paso y sacando de su dolor una sonrisa le ofrece la diestra... El guante de

Quintana oprime los marfileños dedos, glaciales, yertos, como un témpano... La condesa mueve los labios haciendo una ofrenda. Juan Francisco, recobrando su aplomo, dirige la vista en torno suyo, y al advertir el desamparo de la estancia su mirada se hace altiva, arrogante, de triunfador...

EPÍLOGO

HAN pasado tres años. Es una noche de Mayo, estrellada y tibia. En la pinacoteca del palacio de Balsain. Por un balcón abierto sobre el jardín entra un rayo de luna, que platea la estancia con su claror tenue, difuso. ¿Quién conoce la vieja pinacoteca de Balsain? ¿Aquella galería destartalada como un desván, refugio de ratones y de arañas?

Adornada está ahora; suntuosa y rica como nunca lo estuvo. En sus muros, vestidos de terciopelo de amortiguados tonos, aparecen los retratos de damas y magnates; toda la dinastía de los condes de Ossorio y sus cercanos deudos.

Es la hora del encanto, del misterio; una magia secreta anima á los retratos que en el silencio alzan sus voces y conversan.

El primero en hablar es un hidalgo apuesto; viste el traje de oficial de los Ter-

cios, y al cuello—sobre la valona de encaje—lleva el áureo toisón. En su vida terrena se llamó don Enrique, y á las órdenes del Gran Duque y de Requesens peleó en el Brabante. El retrato le representa en plena juventud, y el encanto que le vivifica sólo anima sus ojos y sus labios; el cuerpo permanece inmóvil; la mano en la empuñadura de su acero, ladeado el chambergo, el continente, provocativo, retador. Como despertando de un letargo, con acento de asombro, habla y dice:

¡Dios sea loado! ¿Deliro? ¿Sueño? Arte de encantamiento debe de ser sin duda... ¿No es aquí donde antes estuve? ¿No es el paraje donde reposé siglos y siglos desde que el pincel de Sánchez Coello me dió vida en el lienzo?... ¡Sí!... ¡No hay duda.. ¿No es aquélla Isabel, mi dulce esposa?

De la pared frontera la imagen de una dama contesta:

¡Isabel soy!... ¡Enrique! ¡Señor y dueño muy amado! No te engañan los ojos. Isabel soy, y ésta es la casa solariega de tus abuelos y de nuestros nietos. Aquí estamos todos. Aquí Fernando, nuestro biznieto—le veo gallardo sobre su corcel encabritado—. Aquí Juan Carlos, nuestro hijo, y mi señor don Alonso, tu padre.

DON ENRIQUE (*interrumpiendo gozoso*)

... Y á tu lado veo á Eugenia, nuestra

nuera, luciendo la corona condal que recisbió de Juan Carlos con el anillo de sus bodas, y á nuestra hija, la duquesa... y á mi madre... ¡Todos, todos! ¡Nuestro linaje, nuestra estirpe!... ¡Dios os guarde! ¡Dios os guarde!

(De los marcos barrocos, de los antiguos marcos de nogal con herrajes, de los graciosos marcos—recortados como los espejos de las cortesanas de Luis XV—salen frases de afecto, saludos cariñosos.)

DOÑA ISABEL

¿Cómo es que dejamos de vernos estos últimos años? ¿Por qué nos separaron? ¿Y por qué después de dilatada ausencia volvemos hoy á nuestra casa?

DON ENRIQUE

Misterio es que no logro desentrañar. Cosa de hechicería y de encanto. ¿La oculta razón de todo ello, quién nos la dirá?

UNA DAMA

¡Os la diré yo! En la máquina que mueve nuestro destino no hay encanto ni hechizo. Y será bien deciros—mi sobrino—, que en agüeros y cosas de superstición no debierais creer á fuer de caballero y de cristiano. Para la casa de Balsain soplaron los vientos de la malaventura, y el huracán de la desgracia la tuvo á punto de naufragar. Para salvarla de la inminente ruina hubo

de ser vendido su tesoro y con él nuestras imágenes, que por las manos que las trazaran son joyas de valía. He aquí por qué salimos de esta casa y fuimos á dar á extrañas tierras.

(La que así habla es la noble doña Catalina, vieja dama de la reina Isabel, que siguiendo el uso de aquella época dedicóse al estudio, y brilló en Salamanca como digna compañera de Lucía Medrano y Beatriz de Galindo.)

DON ENRIQUE

¡Ira del cielo! ¡Nos vendieron!

(En las palabras del hidalgo hay enojo profundo; indignación contra el nieto que osó hacer mercadería de su linaje excelso. Por la estancia corre un rumor de protesta.)

DOÑA CATALINA

¡Nos vendieron! ¡Sí! Pero en ello no hubo culpa ni agravio. Fué la necesidad, la desgracia implacable la causa de esa venta que así os enoja, abuelos y sobrinos. La ignominia iba á caer sobre uno de los nuestros; sobre un conde de Ossorio desdichado á quien convirtió en deudor la mala suerte. Con lo que valieron nuestras pinturas se solventó la deuda, y el nombre de Balsain se vió libre de la vergüenza de un proceso infamante. ¡Motivo de alegría y de

orgullo debe ser para nosotros el que después de muertos hayamos salvado de la afrenta á nuestra amada casa de Balsain!...

UN CARDENAL

¡Decís verdad! Vuestras palabras son discretas como lo fueron todas las que en vida pronunciasteis. ¡Gran honra es para nosotros servir á nuestra raza, y si en el proceder de nuestros deudos hubo falta, todos debéis otorgarles el perdón que yo muy de grado les concedo!

(Estas palabras, dichas en reposado tono, salen del lienzo que representa á uno de aquellos cardenales de bigote, perilla y pelo en trova, como Mazarino, como Portocarrero, como Richelieu. Es el purpurado don Ramiro de Balsain, segundón del conde don Juan Carlos, y compañero del cardenal infante don Fernando, hermano del rey Felipe IV.)

Bien merecen, señor cardenal, el perdón que Vuestra Eminencia les otorga, pues al desprenderse de nosotros no lo hicieron sin dolor de su alma. Cuando salimos de la casa, lágrimas muy amargas vertió mi nieta Blanca.

(El que así hablaba es un caballero jinete en un potro bravío de espesa crin y larga cola, corcel de guerra que recorrió todos los vericuetos del Maestrazgo llevan-

do sobre sus lomos la noble carga de su dueño don Francisco de Borja de Balsaín, á quien don Carlos concedió el entorchado de oro después de la toma de Morella).

DOÑA ISABEL (*con un suspiro*)

¡Ay señor! ¡Cuánto tiempo sin verte, es-
poso mío!... ¡en país extranjero!

DON ENRIQUE

¿Dónde estuviste?

DOÑA ISABEL

¡Dios lo sabe! Era en un gran palacio donde había viejas damas luteranas que me afligían con sus rezos heréticos, arqueros de San Adrián y de San Jorge, burgomaestres, señores y soldados, panzudos, de faz roja, muy grandes bebedores de cerveza y un tanto zafios.

DON FRANCISCO DE BORJA (*que durante su juventud recorrió en peregrinación artística todos los museos de Europa*)

¿Dónde fuisteis á parar, abuela mía? Esos que decís son cuadros de Franz Hals y de Rembrandt, y el palacio, un museo de Holanda, el de Amsterdam ó el de Harlem.

DON ENRIQUE

¡Ira del cielo! ¡En tierra de flamencos herejes!... Verdad es que yo fuí á dar en

Londres, pero en su Galería nacional encontré caballeros muy cumplidos, y algunos españoles con quienes departir en nuestra lengua, entre ellos cierto hidalgo que aunque me ocultó su condición, bien conocí que debió de ser en vida muy elevado personaje.

DON FRANCISCO DE BORJA

El que decís — abuelo Enrique — es el rey Felipe IV, y en dicha Galería se conservan los retratos suyos pintados por Velázquez.

UNA DAMA

¡Ay, Velázquez! De su genio soy obra y por deber la vida al pincel de don Diego fuí muy solicitada. Compañera he sido en mi destierro de mi rey don Felipe, de la reina María Ana, de la infanta Margarita y de los infantes Baltasar, Carlos y Felipe Próspero. ¡Gran fortuna tuve, pues no parecía sino que me hallaba en la Corte!

(Así habla una dama bellísima, ataviada según la usanza del tiempo del rey poeta, *ingenio de esta Corte*. Muy hueco el guarda-infante, sujeta al pecho con un joyel la pañoleta, los cabellos graciosamente recogidos y prendidos con lazos — tal como esas damas que hemos visto en las obras de Lope, de Fray Téllez y de Moreto, á veces bobas, por lo común discretas, enamoradas siempre, y siempre encantadoras).

DON FRANCISCO DE BORJA

¡La Galería imperial de Viena! ¡Soberbio museo!

(Después, damas y caballeros van contando sus cuitas; muchos fueron á Inglaterra y pasaron su cautiverio en los museos de Londres y de Vindsor, en las galerías particulares de los condes de Spencer y Northbrook, del duque de Devonshire y del palacio Buckingham; otros á Italia, y en las pinacotecas de Milán, de Turín, de Florencia, de esas bellas ciudades-relicarios, trabaron amistad con las obras maestras de Ticiano, Fra Angélico, del místico Memling, de Van Dyck—Petronio del pin-cel, árbitro de elegancias,—de Rafael, de Guido de Reni, de Leonardo el Grande; una condesa retratada por Pantoja cuenta su peregrinación de anticuario en anticuario hasta dar en el estudio de un pintor de Munich, y un viejo de casaca y peluca se duele de su desventura; obra de autor anónimo y de valor escaso, estuvo arrinconado en la tienda de un chamarilero de París, que al fin logró venderlo á un comerciante retirado *épicier* vanidoso que lo exhibía después en su salón como *un de ses ancêtres...*

EL CARDENAL

Demos gracias al cielo porque al fin terminó nuestro cautiverio y aquí volvimos todos.

DOÑA CLARA FRANCISCA ESTADA, señora de Monroy (*dice suspirando*)

¡Ay Jesús! ¡Todos no, todos no! ¡Mujeres de mi estirpe, fuisteis más afortunadas que yo porque volvieron vuestros esposos... ¡y el mío falta! (Así es. Frente al retrato de doña Clara Francisca, abámita del conde don Juan Carlos, hay un hueco vacío.)

UNA DAMA

Yo sé dónde está vuestro esposo. ¿No es un hidalgo seco y largo, de cetrino color, de manos descarnadas, vestido con negra ropilla sobre la que destaca la roja venera santiaguista, y á quien cuando yo andaba por el mundo llamábamos tío Alonso?

(Pronuncian estas palabras los picarescos labios de una graciosa dama ataviada con mantilla y basquiña de madroños, como las duquesas-manolas que retratara Goya. Es doña Teresa, abuela de don Francisco de Borja y de la que son choznos Jaime y Blanca.)

DOÑA CLARA FRANCISCA

¡Ay sí! Alonso era su nombre y tío vuestro debe de ser, pues á lo que presumo sois alguna condesa de Ossorio.

DOÑA TERESA

Me acompañó en mi cautiverio y quedó allende el mar, en la galería de un millona-

rio neoyorquino que me poseyó durante tres años. El ricachón tenía á don Alonso en gran estima y su rescate fué imposible; yo tuve más fortuna y logré escapar de aquel recinto donde me llamaban—¡oh vergüenza!—*una maja española*... Según parece el pintor que trazó la figura de don Alonso goza gran nombradía.

DOÑA CLARA FRANCISCA

Fué un griego que se avecindó en Toledo, hacía cosas muy extrañas, retrató á muchos personajes de la Corte, y murió loco.

DON FRANCISCO DE BORJA

Domingo Theotocópuli. Grande es hoy su fama; ¡pero no temáis! En estas cosas de arte, como en todas, la moda puede mucho y pasará el entusiasmo por el Griego. ¡Sosegaos, señora! ¡Don Alonso volverá á vuestro lado!

DOÑA CLARA FRANCISCA

¡Quiéralo Dios!... ¡Quiéralo Dios!

DOÑA ISABEL

¿Pero queréis decirme cómo, si salimos de aquí por la penuria de la casa, hemos vuelto á ella?

DOÑA CATALINA

La tempestad pasó, y el sol de la fortuna

ilumina otra vez nuestro solar. La casa de Balsain está de nuevo en auge y en Ribereda luce como siempre luciera, radiante, esplendorosa.

DON ENRIQUE

¿Y la causa de tal mudanza?

DOÑA CATALINA

Un matrimonio. Casó Blanca Balsain.

(Curiosidad. De todos los retratos femeninos salen preguntas... ¿Casó?... ¿Con quién?... ¿Con quién?... ¿Quién es el novio?... ¿Algún gentilhombre de la Corte?... ¿Algún virrey de Indias?..)

DOÑA CATALINA

¡Ay, no! Ya no hay virreyes... ¡ni Indias españolas! Blanca Balsain es hoy la señora de Quintana, y su esposo es un rico fabricante de harinas, hijo de un tendero de Ribereda que tuvo su comercio en la Plaza Mayor.

(Un soplo de indignación conmueve á los retratos; juran los caballeros y las imprecaciones castizas resuenan en la estancia; las damas suspiran angustiadas: ¡Un plebeyo!... ¡un plebeyo! repiten pesarosas. La boda de Blanca es reprobada por toda la estirpe de Balsain.)

Cuando el rumor se calma un tanto, se

oye una voz dulcísima, con sonido de laúd ó de cítara, voz ultraterrena; celestial. Es la voz de Sor Agueda de las Santas Llagas, señora de Monroy, que abandonó la Corte y encerró su singular belleza entre los muros del convento fundado en Alcalá, por la Santa Teresa de Cepeda. En concepto de santidad murió también Sor Agueda, y en la capilla de Balsain se conserva el fragante rosario de hojas de rosa usado por la monja. La bienaventurada dice así:

¡Callad... callad! Imprudentes son vuestras palabras, y temerarios vuestros juicios. Como el mundo falláis, fiados de apariencias... ¿Por qué acusáis á Blanca? ¿Conocéis acaso el móvil que la llevó á esa boda? ¿De qué os sirvió vivir más allá de la tierra? ¡Bien veo que de nada, pues al gozar de esta ficción de vida, de esta existencia ilusoria y fugaz que por los misteriosos designios de Dios se nos concede, seguís sujetos á las imperfecciones y flaquezas de la vida mortal! No juzguéis de ligero ni digáis mal del prójimo. Porque el Señor lo anuncia. Al que dijere mal de su prójimo, El le maldecirá. Y el Apóstol ha repetido que será campana que retañe el que en sus juicios no tenga caridad.

(En el silencio, las palabras de Sor Agueda resuenan pavorosas, como las de aquellos profetas de la antigua Ley. En voz tácita damas y magnates preguntan:

¿Quién es?... ¿Quién es?... ¿Quién habla?...
¡Es la monja! ¡Sor Agueda! ¡La santa! ¡La
bienaventurada!)

SOR ÁGUEDA

... En la razón de todas las cosas hay algo que los ojos no ven y los oídos no oyen. Porque mi vida fué de penitencia y mi muerte tránsito feliz, el Señor me permite ahondar en el arcano, penetrar en el misterio de las almas... ¡Ay, deudos muy amados! ¡Cómo se muda el juicio! ¡Como se nos presentan hijos de santos móviles los hechos que diputamos ruines y cómo se ve que nacen de pasioncillas bajas aquéllas que parecían altas hazañas!

¿Reprobable creéis la boda de Blanca? Yo os digo que al otorgar su mano á ese plebeyo nos ofreció alto ejemplo de abnegación y de heroísmo. No fué el amor la causa de su boda, que entonces bastara para justificarla, pues ha querido Dios que en tales casos el amor sea razón suprema, inapelable.

En poder de Quintana estaba la suerte de Balsain; como rehén se entregó nuestra nieta, como prenda para el rescate... Dos años han corrido desde el día de sus nupcias... ¡Dos años de martirio!... No quiere Blanca á su marido, y esto que en otra fuera pecado grave es en ella manantial de virtudes, pues de tal modo se muestra fiel y cariñosa que no la venciera la más enamorada.

¿Y comprendéis la tortura de un alma condenada á demostrar cariño sin sentirlo?... ¿El supremo dolor de un corazón obligado á fingir, siendo leal y sincero?

Desde que contrajo matrimonio, dedicóse Blanca á recobrar el perdido tesoro de Balsain... ¡Tarea penosa!.. ¡Improbable trabajo!... ¡Todo lo allanó su voluntad!... Mientras su hermano Jaime vive en América, disipado y frívolo como viviera en Ribera, ella ha logrado que vuelvan á sus estuches casi todas las joyas; la legendaria corona de las condesas de Ossorio espera el día de la boda de Carlitos; volvieron á la casa los tapices y los bargueños, las armaduras milanesas, las cornucopias, las porcelanas de Sevres y de Saxe... la Madona volvió á presidir el oratorio... ¡y hemos vuelto nosotros!... Esto ha hecho Blanca. Para lograr nuestro rescate se ofreció en holocausto. ¡Y nuestro precio fué su sacrificio!

¿Comprendéis la grandeza de su alma? ¡Como víctima propiciatoria echó sobre sí todos los pecados de Balsain para satisfacer por las ajenas culpas y los ajenos desaciertos!

DON FRANCISCO DE BORJA (*llorando*)

¡Ajenas culpas!... ¡Desaciertos ajenos!...
¡Pobre nieta! ¡Amada nieta mía!

EL CARDENAL

¡Sor Agueda! ¡Bienaventurada! ¡De vuestra boca sale la divina palabra!

VARIAS VOCES

¡Es verdad!... ¡Es verdad!

SOR ÁGUEDA

El sacrificio de Blanca ha sido grato á los ojos de Dios. Porque su heroísmo excede al que vosotros demostrasteis, guerreros de mi estirpe, y su vida es virtuosa y ejemplar. Pródiga para cuanto ceda en honor de la casa, es modesta en lo que atañe á su persona; el hábito de mi Orden cubre su juventud y su belleza, y jamás se la ve en las fiestas del mundo; apartada vive del bullicio, alegrando las horas postreras de su madre, á la que pronto visitará la Irremediable...

... Cuando esto sea, quedará vacío el corazón de Blanca, sin nadie á quien amar, pues el cielo no quiso concederla el dulce regalo de un hijo. Penitente y austera fué mi vida; de más mortificación es la de Blanca, pues no hay cilicio comparable al cilicio del desamor, que hace sangrar al corazón, ni ayuno que valga lo que esa larga cuaresma de un alma que padece hambre de cariño... ¡y no puede querer!

¡Condes de Ossorio! ¡Mujeres de mi estirpe! ¡Alabemos á Blanca! No acompañemos al mundo en sus juicios ligeros; dejemos que la censuren los hombres ciegos que no aciertan á comprender la magnitud de su martirio... ¡Alabemos á Blanca! ¡Alabémosla!...

TODOS

¡Sí, sí! ¡Alabémosla!...

SOR ÁGUEDA

¡Blanca! ¡Blanca! Porque fuiste abnegada, porque supiste poner el amor á tu madre y á tu raza más alto que tu interés y tu egoísmo, nosotros te alabamos y el cielo te bendice. Tus abuelos te elogian porque fuiste sostén de nuestra casa, y para salvarla sacrificaste la vida y renunciaste á la felicidad.

¡Digna eres de nosotros! ¡Digna de tu apellido, Blanca! Recibe el homenaje de los tuyos. ¡Mujer incomparable! ¡Cariátide de mármol! ¡Flor de nuestro blasón!...

Dice esto Sor Agueda como un rezo. Todos repiten las frases de la Santa. Es una ofrenda. El día llega, y bajo la luz del sol naciente, parece que el jardín—que surge bellissimo, en plena floración—y el restaurado palacio se unen al homenaje que rinde á Blanca toda la estirpe de Balsain...

FIN DE «LA CASA DE BALSAIN».

ALGUNAS OPINIONES
REFERENTES Á LA BIBLIOTECA "PATRIA," (1)

Para que el público pueda hacerse cargo de su alcance, extractamos aquí algunas opiniones referentes á la Biblioteca «Patria».

En la época que alcanzamos los llamaré (á los propósitos de la Biblioteca) necesarios y benéficos para combatir las insanas lecturas que han de desmoralizar al pueblo; los llamaré un complemento utilísimo de los Juegos florales en que se depura el gusto literario, merced al fallo de mantenedores apasionados de lo bueno y de lo bello.

Juan Fastenrath.

El pensamiento de la fundación me parece altamente saludable y patriótico y por eso creo que estamos en el deber de ayudarle, en la medida de las fuerzas de cada uno, cuantos en España sentimos verdadero amor al pueblo y deploramos amargamente la falsa dirección que hoy se da á su desapercibida inteligencia con las *lecturas baratas* que se usan, lecturas en que todo se corrompe y pervierte á la vez: la fe, la moral, las costumbres y la lengua patria.

José María de Pereda.

Aplaudo de todo corazón los sanos fines en que se inspiran los fundadores de la utilísima Biblioteca «Patria».

Marcelino Menéndez Pelayo.

Juzgo esa Biblioteca muy beneficiosa para la cultura nacional.

Francisco Silvela.

(1) Extractadas de cartas dirigidas al iniciador de la Biblioteca.

Me inspira viva simpatía el noble propósito que ustedes tienen de moralizar nuestra novela.

Armando Palacio Valdés.

Abundo en las ideas que sustenta la Biblioteca «Patria», estoy enteramente conforme con sus elevadas miras y hago votos por el éxito que merece la patriótica obra á que se dedica.

El Duque de Rivas.

Me parece admirable el proyecto de Vds. y aplaudo con ambas manos sus novelas.

Manuel Polo y Peyrolón.

SRES. PATRONOS

**Sres. Patronos de la BIBLIOTECA «PATRIA»
DE OBRAS PREMIADAS, que han ofrecido
sumas para la creación, sostenimiento
y concursos de la misma.**

PATRONATO PRINCIPAL

- Excmo. Sr. Marqués de Comillas, 500 pesetas.
Excmo. Sr. Conde de Bernar, 500 id.
Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca, 500 id.
Excmo. Sr. Conde de Canilleros, 500 id.
Ilmo. Sr. Barón de Vilagayá, 500 id.

SEÑORES PATRONOS

(Orden alfabético de nombres.)

- D. Alfonso de la Muela, 25 pesetas.
Excmo. Sr. D. Antonio Barroso y Castillo, 25 id.
D. Antonio Caamaño Martínez, 30 id.
Excmo. Sr. D. Antonio de Castro y Casaleiz, 300 id.
D. Antonio Echevarría y Aponte, 50 id.
D. Antonio Giménez Rico, 100 id.
D. Antonio Lopez Dóriga y L. Dóriga, 200 id.
D. Antonio Pozzi Rodríguez, 25 id.
D. Antonio Salgado López, 25 id.
D. Antonio Siere, 25 id.
D. Antonio Tato, 25 id.
D.^a Aurea Hinojal, 25 id.
D. Baltasar López de Ayala, 60 id.
Excmo. Sr. Barón de Satrústegui, 100 id.
D. Bonifacio Iñiguez, 25 id.
D. Cándido Gaytán de Ayala, 25 id.
D. Carlos de Thena, 100 id.
D.^a Carmen de la Vega de Tuñón, 25 id.
Casino de la Amistad de Barbastró, 25 id.
D. Celestino Méndez Villamil, 50 id.
D. Claudio González Alvarez, 50 id.
Excmo. Sr. Conde de Mejorada, 75 id.
Excmo. Sr. Conde de Via Manuel, 25 id.
Excma. Sra. Condesa Viuda del Val, 100 id.
D. Cristóbal Romero Sánchez, 75 id.
Ilmo. Sr. D. Daniel Aresti, 250 id.
D.^a Demetría G. Sampedro, 25 id.
D. Eduardo Fernández Vicuña, 25 id.
Excmo. Sr. D. Eduardo Sanz y Escartín, 25 id.
D. Eloy Lamamié de Clairac, 25 id.
D. Enrique Grana, 25 id.

- D. Eusebio Iranzo, 25 íd.
D. Felipe Gutiez Villoldo, 25 íd.
D. Fernando M.^a de Ibarra, 50 íd.
D. Francisco Conder Moratilla, 50 íd.
D. Francisco Fernández Tresguerres, 25 íd.
D. Fernando de Huidobro, 25 íd.
D. Francisco Javier B. Iturregui, 100 íd.
D. Francisco Medina Pérez, 25 íd.
D. Francisco Montero de Espinosa de la Barrera, 25 íd.
D. Francisco Valdivia y Gómez Bravo, 25 íd.
D. Gabino F. Felgueroso, 25 íd.
D. Gabriel del Corral y Fernández, 25 íd.
D. Gabriel Mulet y Sanz, 25 íd.
D. Guillermo Ferragut, 25 íd.
D. Herminio Sáez, 25 íd.
D. Ignacio Hevíá Viciella, 50 íd.
D. Ignacio Ostua, 25 íd.
D. Ignacio Zubasti, 25 íd.
D. Jaime Pérez Peña, 25 íd.
D. Jenaro Santafé Herrero, 25 íd.
D. Joaquín Lizasoain, 100 íd.
D. Joaquín Orús, 25 íd.
Excmo. Sr. D. Joaquín R. Guerra, 50 íd.
D. José A. Bulnes, 75 íd.
D. José de Amézola, 100 íd.
D. José Antonio Durán y Grueso, 25 íd.
D. José Ayala y López, 25 íd.
D. José Calvo Barrios, 50 íd.
D. José Carreira é Hijos, 25 íd.
D. José Climent, 25 íd.
Itmo. Sr. D. José Díez de Rivera y Muro, 50 íd.
D. José García Trujillo, 40 íd.
D. José Gómez Tejedor, 35 íd.
D. José Lora Pulgarín, 25 íd.
D. José Martínez Carande, 75 íd.
D. José de Pareja y de Pareja, 100 íd.
D. José Ramón Mosquera y Osorio, 25 íd.
D. José Ricart y Roca, 60, íd.
D. José de Scals y Rovira, 25 íd.
D. José Soler, 25 íd.
D. Juan A. Hernández del Aguila, 25 íd.
D. Juan Alvarez del Vallo, 25 íd.
D. Juan Barcía Caballero, 25 íd.
D. Juan Cabrera Martín, 100 íd.
D. Juan Díaz Quesada, 25 íd.
D. Juan Vivas Pérez, 50 íd.
D. Lorenzo Pérez y Pérez, 50 íd.
D. Lucas Marsella, 50 íd.
D. Luciano Alcón y de Vicente, 25 íd.
D. Luis Azcárraga, 25 íd.
D. Luis Palahí é Hidalgo de Quintana, 100 íd.
D. Luis de Villaverde, 50 íd.
D. Manuel Alvarez Suárez, 40 íd.
D. Manuel de Lainz Ruiz, 25 íd.
Srtas. María y Manuela del Piélago, 250 íd.
D.^a Mariana Jaraquemada, Viuda de Zambrano, 100
Excmo. Sr. D. Marcelo Azcárraga, 50 íd.
Excmo. Sr. Marqués de Montefuerte, 25 íd.

- Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, 150 id.
D.^a Milagros de Colosía, 25 id.
D. Nemesio Carrasco y Carvajal, 50 id.
D.^a Nicolasa Espárrago, 25 id.
Illmo. Sr. Obispo de Solsona, 25 id.
D. Pedro Alava y Velasco, 50 id.
D. Pedro Escalante, 100 id.
D. Pedro Moro Arquero, 25 id.
D. Pedro Roglá, 40 id.
D. Plácido Allende Plágero, 50 id.
D. Plácido L. Acevedo, 50 id.
D. Rafael Reig Soler, 35 id.
D. Rafael Rodríguez de Cepeda, 50 id.
D. Rafael Rodríguez Torres, 25 id.
D. Ramiro Arroyo, 25 id.
D. Ramón Posada Villapol, 25 id.
D. Remigio Vidaurreta, 25 id.
D. Roberto Gómez Igual, 50 id.
D. Salvador Díez, 25 id.
D. Saturnino Calderón, 50 id.
D. Servando Martínez del Cerro, 25 id.
Sobrino de G. Sordo, 50 id.
D.^a Socorro Sánchez, Viuda de García, 50 id.
D. Tomás A. Boada, 25 id.
D. Tomás Gómez Acebo, 25 id.
D. Tomás José de Epalza, 25 id.
D.^a Vicenta Martínez, Viuda de Fernández, 25 id.
D. Vicente Pedregal, 25 id.
D. Vicente de Urigüen, 100 id.
D. Víctor Navarro y de Vicente, 50 id.
Excma. Sra. Vizcondesa de Barrantes, 100 id.
Sra. Viuda de Dupuy de Lome, 25 id.
Sra. Viuda de Zabalburu, 50 id.

Sres. Donantes por cantidades menores de 25 ptas.

- | | |
|---------------------------|--------------------------------------|
| D. A. Alcázar Caballero. | D. Agustín Zufia. |
| D. A. Alonso García. | D. Alberto Fernández. |
| D. A. Alvarez. | D. Alfonso Tarragona. |
| D. A. Argüelles. | D. Ambrosio Lizabe. |
| D. A. Calvo Gil. | D. Amós Castro Pérez. |
| D. A. Cánovas Joli. | D. ^a Ana María Carra. |
| D. A. Casabayó. | D. Anastasio Arauz. |
| D. A. Cobos Bruzos. | D. Andrés Fernández |
| D. A. Dalmau. | D. Andrés G. Palomares |
| D. A. Delgado López. | D. Andrés Galar. |
| D. A. F. Lavandera. | D. Andrés Latorre. |
| D. A. G. Corral y Picó. | D. Angel Balbuena. |
| D. A. G. González. | R. P. Angel Moreda. |
| D. A. García Gutiérrez. | D. ^a Angela Blanco, Viuda |
| D. A. Garriga Mercader. | de Cela. |
| D. A. Gómez Galiano. | D. ^a Antonia C. de Fiol. |
| D. A. Gómez Visedo. | Sor Antonia de Jesús Ma- |
| D. A. Hidalgo Pinto. | ría. |
| D. A. Checa. | D. Antonio Cabrera de las |
| D. A. León y Sanz. | Casas. |
| D. A. Limia Macía. | D. Antonio de Cuadras Fe- |
| D. A. Lorenzo. | liu. |
| D. A. Llor Rosell. | D. Antonio Cubillo. |
| D. A. Mari Clavo. | D. Antonlo F. Mejías. |
| D. A. Maria Poveda. | D. Antonio F. Valencia. |
| D. A. de Mazarrasa. | R. P. Fray Antonio Fuen- |
| D. A. Miguel Martínez. | tes. |
| D. A. Menéndez Alonso. | D. Antonio Gabas. |
| D. A. Narvaez Naranjo. | D. Antonio Gil Santana. |
| D. A. Ortega Subirá. | D. Antonio Lizarraga. |
| D. A. Peláez Quintanilla. | D. Antonio M. ^a Basco. |
| D. A. Ramirez. | D. Antonio de la Monja. |
| D. A. del Rio y Segundo. | D. Antonio Rivas. |
| D. A. Rivadulla. | D. B. Fernandez Domin- |
| D. A. Roman Santiago. | guez. |
| D. A. Ruiz Escribano. | D. B. Ferrer Palau. |
| D. A. Sáenz España. | D. B. Florit Ripoll. |
| D. A. Salazar y Avila. | D. B. García Salas. |
| D. A. Sancho Martínez. | D. B. del Hoyo y González. |
| D. A. Socias Torrens. | D. B. L. González |
| D. A. Sucre. | D. B. Mocoroa. |
| D. A. Tomás y Almar. | D. B. Nava Rodríguez. |
| D. A. Trujillo Portales. | D. B. Quintans Somoza. |
| D. A. Varela y Varela. | D. B. Sánchez Martínez. |
| D. A. Verdes León. | Sr. Barón de Quadras. |
| D. A. Vigo Cosialls. | Sres. Bartual y Martínez. |
| D. A. Villena García. | D. ^a Bernarda Jalón. |

- D. Bernardo Guerra.
 D. Bernardino Arberas.
 Biblioteca Sacro-Monte.
 R. P. Blas Badia.
 R. P. Blas Deschaux.
 D. Bruno J. C. Reguero.
 D. C. Alvarez Guijarro.
 D. C. Canto Gosalbez.
 D. C. Ferrer y Creus.
 D. C. Gallego Jiménez.
 D. C. Garcia de Amador.
 D. C. de Gorbea.
 D.^a C. Luz Rivas.
 D. C. Molins.
 D. C. Rubiales Aguilar.
 D. C. Santos Otero.
 D. C. Viguri.
 D. Cándido Porto.
 D. Carlos Bofil y Pastor.
 D.^a Carlota M. de Lara,
 Viuda de Muriedas.
 D.^a Carmen Caballero, Viuda de Fous.
 D. Casto Muñoz.
 D. Cástulo Fernández de Bolaños
 Excmo. Sr. D. Cenón del Alisal.
 D. César Amarillo.
 D.^a Cipriana Vivas, Viuda de Montenegro.
 D. Cipriano Rodríguez.
 R. P. Dr. del Colegio de Santa María.
 Dr. del Colegio de S. Juan Bautista en Jerez.
 R. P. Rector del Colegio de Stó. Tomas de Avila.
 D.^a Concepción Salazar de Espeleta.
 Sr. Conde de Arcentales.
 Excmo. Sr. Conde de Eleta.
 Sr. Conde de Fontao.
 Excmo. Sr. Conde Villalonga.
 Excmo. Sr. Conde de Villafrañeza.
 Sr. Conde de Villafuertes.
 Excmo. Sr. Conde de Torreanáz.
 Sra. Condesa de Buenavista.
 Excmo. Sra. Condesa Viuda de Mendoza Cortina.
 D. Constantino Herrero.
 D. Cosme Obrador.
 D. Cosme P. Porras
 D. Crescencio Morate.
- D. D. Alvarez.
 D. D. Arribas.
 D. D. Brandariz Lado.
 D. D. Cáceres.
 D. D. Hernández Francisco
 D.^a D. Sabater.
 D.^a D. de Seoane, Viuda de Brull.
 D. D. Vaca González.
 D. Diego Castaño Moreno.
 D. Diego de Guevara.
 D. Diego Pazos Solano.
 D. Domingo Zاراcondegui.
 Director de las Escuelas de la Asociación de Católicos.
 D. E. de Aizpurna.
 D. E. Beladiez Jiménez.
 D. E. Espinosa Guirado.
 D. E. Galán Fernández.
 D. E. González Carrillo.
 D. E. González Ubieta.
 D.^a E. Gual de Figueres.
 D. E. Gutiérrez Romillo.
 D. E. Raynaud.
 D. E. Royo Campos.
 D. E. Ruiz.
 D. E. Toribio Andrés.
 D. E. Villarroya y Marco.
 D.^a Elisa Malvares de Cordeiro Paz.
 Excmo. Sr. D. Emilio Cánovas del Castillo.
 D. Emilio F. Argüeso.
 D. Enrique Elias.
 D. Enrique Soler del Moral.
 D. Enrique Vial.
 D.^a Enriqueta Ortiz, Viuda de Muñoz.
 D. Ernesto Morales.
 D.^a Escolástica Miranda.
 Viuda de Oliag.
 D. Estanislao de Cuadra.
 D. Eudaldo Forns.
 D. Eugenio Díez Rodríguez.
 D. Eustaquio Sierra.
 D. Evaristo Escalada.
 D. Evaristo Vilan Gómez.
 D. Ezequiel Ferreras.
 D. F. Albors y Raduán.
 D. F. Almenros Carmona.
 D. F. Arús Juvé.
 D. F. Benjumea y Gil de Gibaja.
 D. F. Berazadi.
 D. F. Blanes López.

- D. F. Bootello Castro.
D. F. de Bustillo.
D. F. Calvo Fuertes.
D. F. Camacho Cano.
D. F. D. Saez y González.
D. F. García Galindo.
D. F. Gil de los Reyes.
D. F. Gutiérrez Zorrilla.
D. F. J. Masó Serra.
D. F. Javier de Artarcos.
D. F. López y Elicegui.
D. F. Llópez Pomares.
D. F. Maldonado Carrión.
D. F. Prats Pérez.
D. F. Pereda Martínez.
D. F. Rovira Torres.
D. F. Soler de Figuerola.
D. F. de la Torre.
D. F. de Veciana y Cayla.
D. F. Ventura Lozano.
D. F. Villalba.
D. F. Villarrica Hevia.
D. F. Villén Luque.
D. Fabriciano de Torrón-tegui.
D. Fausto Cristino.
D. Federico Bobadilla.
D. Federico de la Pedrosa.
D. Felipe Bronchalo Lago.
D. Félix de la Garma.
D. Fermín Goicoechea.
D. Fernando Gutiérrez.
D. Fernando Sánchez Var-gas.
D. Fernando Vilallonga.
D. Florencio Gallego.
D. Florencio Manzano.
D. Florentino Adrian.
D. Francisco de Andrade.
D. Francisco de Boter.
D. Francisco de la Cova.
D. Francisco Figueras.
D. Francisco García.
D. Francisco María Villa-nueva.
D. Francisco Mendiluce.
D. Francisco Palazuelos.
D. Francisco Polo Porcal.
D. Francisco Rico.
D. G. de Artabe.
D. G. Blasco de Gregorio.
D. G. de la Escosura.
D. G. G. Hernández.
D. G. López Cepero.
D. G. López Rull.
D. G. Martínez Mendoza.
D. G. de Olaso.
D. G. Palacios.
- D. G. Quijano de la Colina.
D. G. de Torres Almunia.
D.^a Genoveva J. de Iñiguez
Fr. Gerardo Larrondo.
Excmo. Sr. D. Genaro Pe-rogordo.
D. Gonzalo Castrillo.
D. Gregorio Fernández.
R. P. Gregorio Rivate.
D. Guillermo Moreno.
Sras. Hijas de Uriarte.
D. Hilario Gomez.
D. I. Canseco Gutiérrez.
D. I. Degiuli y Arroyo.
D. I. Fernández Valverde.
D. I. Oliva Huertas.
D. I. Santos Fernández.
Sres. Ibarrondo y Larraza-bal.
D. Ignacio Moraza.
D. Ignacio Rodríguez.
D. Isidro Gastón.
D. Isidro M.^a Aizpuru.
D. Ismael Santander.
D. J. A. de la Bárcena.
D. J. Abad Corrales.
D. J. Adáme Tenorio.
D. J. Aguirre Iturralde.
D. J. Alaminos.
D. J. Alonso Serrano.
D. J. de Alzuru y Sorolla.
D. J. Baragaña.
D. J. Blanco del Río.
D. J. Blasco Crespo.
D. J. Castañer Ricart.
D. J. Conde Martín.
D. J. Comes Cerqueda.
D. J. Delgado.
D. J. Díaz Braña.
D. J. Díaz Villavicencio.
D. J. Delgado Benitez.
D. J. Domínguez.
D. J. Escrig de Oloriz.
D. J. Fernández Redondas.
D. J. Ferrándiz Terol.
D. J. Figueruela Fuensa-lida.
D. J. Galocha Alonso.
D. J. García.
D. J. García Gilabert.
D. J. García de Tuñón.
D. J. García Peral.
D. J. González Alvarez.
D. J. González Blanco.
D. J. Gutiérrez de Ganda-rilla.
D. José Hernández Fran-cisco.

- D. J. Irastorza.
D. J. J. Amann.
D. J. J. Baquier Balade.
D. J. J. Brague Vizoso.
D. J. José Belenguer.
D. J. José Machin.
D. J. Juliá Arnau.
D. J. López Egea.
D. J. López Fernández.
D. J. Louzao.
D. J. Luis Miranda y Herrera.
D. J. M. Bentin Lema.
D. J. M. Sánchez Alvarez.
D. J. María García.
D. J. M.^a Iglesias Odena.
D. J. M.^a López Rodríguez.
D. J. María Pérez Hernaez.
D. J. M.^a de las Rivas Velasco.
D. J. María Tarrió Rey.
D. J. Martín Arribas.
D. J. Martínez Draga.
D. J. Martínez Lozano.
D. J. Martínez Sirvent.
D. J. Mendoza Pascual.
D. J. Monturiol.
D. J. Monzon Bernard.
D. J. Mora Palma.
D. J. Moreno Peñalver.
D. J. Mussó Moreno.
D. J. de Nadal.
D. J. Nagel y Fernández de Laguna.
D. J. Novo Paz.
D. J. Ozores de Prado.
D. J. Pérez Díaz.
D. J. Planas Cuyas.
D. J. Primo de Rivera.
D. J. Ramírez Rodríguez.
D. J. Rodríguez Andrade.
D. J. Roiz de la Parra.
D. J. Romero Piña.
D. J. Santa Pau.
D. J. Soler Quilis.
D. J. Tarife Tejera.
D. J. Teler.
D. J. Vecino Quesada.
D. J. de Vera y Gómez.
D. Jacobo Gómez Martínez de León.
D. Jaime Verástegui.
D. Javier Alvarez.
D. Javier de la Revilla.
D. Jenaro Blanco.
D. Jesús Calvo.
D. Jesús Fernández y González.
D. Jesús Tallón García.
D. Joaquín Estariol.
D. Joaquín L. de Zubiría.
D. Joaquín Martín García.
D. José A. Castañon.
D. José A. Tarife Romero.
D. José Aruní.
D. José Balaguer Ruiz.
D. José Boix.
D. José C. Peradalta.
D. José Cerdá Pérez.
D. José Consul.
D. José Estévez González.
D. José F. Figares.
D. José Fernández Tresguerres.
D. José G. Cortina.
D. José G. Velarde.
D. José García Mercader.
D. José L. Sobrado.
D. José Luis Guillén.
D. José M. de Sotomayor.
D. José M.^a Ibáñez.
D. José M.^a de Isasi.
D. José M.^a Ozores.
D. José M.^a de Rábago.
D. José M.^a Salazar.
D. José M.^a Selo.
D. José M.^a de Toro Manrique.
Ilmo. Sr. D. José María Urquijo.
D. José Mellado.
D. José Miralles Tena.
D. José Miranda.
D. José Morales.
D. José Perdomo Vega.
D. José Puigoriol y Más.
D. José Romero López.
D. José Sancho.
D. José Somoza Pallarés.
D. Jovino Martínez.
D. Juan A. Hernández.
D. Juan A. Herrera Alvarez.
D. Juan Barragán Gutiérrez.
D. Juan del Dujo.
D. Juan Echaniz.
D. Juan Espino Juárez.
D. Juan J. Sánchez Medina.
D. Juan Labin.
D. Juan M. Martínez.
D. Juan Molina.
D. Juan de Orrumas.
D. Juan Plá.
D. Juan Simón Zudaire y Echávarri.

- D. Juan Vélez Pareja.
D. Juan Viña.
D. Julián Villuendas.
D. Julio de la Llana Hernández.
D. Julio Muñoz Morales.
Juventud Carlista de Algemesi.
D. L. Aniceto Alvarez.
D. L. Bahía Urrutia.
D. L. Caldentey Perelló.
D. L. Díaz Rodríguez.
Iltmo. Sr. D. José Díez de la Cortina.
D. L. Durán Cabello.
D. L. Fernández Argüelles.
D. L. Ferreiro.
D. L. García de la Peña.
D. L. García Ruiz.
D. L. Liras González.
D. L. Lozoya Alonso.
D. L. Quesada.
D. L. Romance Valor.
D. L. Romero.
D. L. Serrano Fernández.
D. L. Zamorano Rodríguez.
R. P. Lázaro Epelde.
D. Leandro F. Osuna.
D. Leandro Soto.
D. Lorenzo de Castro.
D. Lorenzo L. Cruz.
D. Lucas Blanco Fernández.
D. Lucas García Andia.
D. Lucas Hidalgo.
D. Luciano García.
D. Lucio Rodríguez Vigil.
D. Luis Ballesteros.
D. Luis Morales.
D. Luis de Noreña y de la Vega Inclán.
D. Luis Ramos.
D. Luis S. Valera.
D. Luis de Zumárraga.
D.^a Luisa Sala Asensio.
D. M. Bonmati de Cendra.
D. M. Bustamante Hoyos.
D. M. Cabanellas Pedrosa.
D. M. Carretero.
D. M. Cortés Moreno.
D. M. Escalera Díaz.
D. M. García Blanco.
D. M. García San José.
D. M. Garrido Osorio.
D. M. Gómez Díaz.
D. M. Gómez Saucedo.
D. M. de Huidobro.
D.^a M. Izquierdo Ruiz.
D. M. J. O. Dohorty.
D. M. López Barredo.
D. M. Márquez.
D. M. Martínez Rojo.
D. M. Medina Olmos.
D. M. Montes Méndez.
D. M. Morales Hornera.
D. M. Nieto de la Fuente.
D. M. Pardo Reguera.
D. M. Pérez Abema.
D. M. Pérez Martí.
D. M. Prieto Muñoz.
D. M. Reglado Nieto.
D. M. Rey Montero.
D. M. Rodríguez Guerrero.
D. M. Rubiera.
D. M. Ruiz Muñoz.
D. M. Sánchez y Sánchez.
D. M. Torrente Florez.
D. M. de Ugalde.
D. M. de Uribarri.
D. M. Velázquez.
D. M. Velázquez Diosdado.
D. M. Vilaplana Orts.
D. Macario Vacas.
D. Manuel Carrio Pastor.
D. Manuel Domecq.
D. Manuel de Ganol.
D. Manuel Fernández Somoza.
D. Mannel García.
D. Manuel Gargantiel.
D. Manuel Pinilla.
D. Manuel Rodrigo Caballero.
D. Manuel Roselló.
D. Manuel S. Manzano.
D. Manuel Vázquez.
D.^a Manuela García, Viuda de Collna.
D.^a María del Carmen Hernández.
D.^a María de la Concepción Morell.
D.^a María Corbi, Viuda de Puchol.
Doña María M. Delgado.
D.^a María Manso de Zúñiga de Lafuente.
D. Mariano Bejarano.
D. Mariano Gállego.
D. Mariano Periado.
Excmo. Sr. Marqués de Colomina.
Excmo. Sr. Marqués de Estella.
Excmo. Sr. Marqués de Santillana.

- Excmo. Sr. Marqués de Urquijo.
 Excmo. Sr. Marqués de Valero de Palma.
 D. Martín Díez.
 D. Martín Sánchez Alarcón.
 D. Matías Blanco.
 D. Matías del Campo.
 D. Melchor Moraiz.
 D.^a Mercedes Sintés.
 D.^a Micaela Repullés.
 D. Miguel Cuenca.
 D. Miguel García Pulido.
 D. Miguel Pérez Navarro.
 D. Miguel Salaverría.
 Sres. Morales y Alahija.
 D. N. Cabrerizo y Romero.
 D. Narciso de la Cuesta.
 D. Nemesio Valera Madrid.
 D. Nicomedes Mendialdua.
 D. O. Balanzá y Capuz.
 D.^a Obdulia Bonifaz.
 Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Cartagena.
 Ilmo. Sr. Obispo de Cuenca.
 D. P. Antonio Pavón.
 D. P. Arnáez Alonso.
 D. P. Cabezón Manteca.
 D. P. de la Calleja González.
 D. P. Castejón.
 D.^a P. Devesa.
 D. P. Falces Belloso.
 D. P. Garrido.
 D. P. Gonzalez Diaz.
 D. P. Jaime Matheu.
 D. P. de la Mora.
 D. P. Pallarés García.
 D. P. Pérez Ramos.
 D. P. Pradas Izquierdo.
 D. P. Santos Roño.
 D. Pablo Bonet.
 D. Pablo del Valle.
 D. Pascual Bragado Alfageme.
 D. Pedro Bueno Casillas.
 D. Pedro de Esnarriaga.
 D. Pedro Loyo.
 D. Pedro Morales.
 D. Pedro O. Muñoz de T.
 D. Pedro Pajares.
 D. Pedro de Uzquiano.
 D. R. Guardiola Medina.
 D. R. Ostio Salguero.
 D. R. S. de Lassaleta.
 D. R. Saenz de Cenzano.
 D. R. Serrano García.
 D. R. Torres Mariño.
 D. R. Varela Pérez.
 D. R. Vuelta y Horrillo.
 D. Rafael Albistur.
 D. Rafael Pérez Fernández.
 D. Rafael Terol.
 D. Raimundo Zurita.
 D. Ramiro Recio.
 D. Ramón Gil.
 D. Ramón Llach.
 D. Ramón M.^a Iglesias y Lamela.
 M. I. Sr. Rector del Seminario de Ciudadela.
 M. I. Sr. Rector del Seminario de Jaca.
 D. Restituto G. Tuñón
 D. Ricardo de Aguirre.
 D.^a Rita Taboada Herrero.
 D. Roberto Repollés.
 D. Román Monsalve.
 D. Román Ulloa.
 D. Rufino Juanena.
 D. S. Acebal.
 D. S. Delgado y Ruiz.
 D.^a S. Flores Barreda.
 D. S. Hergueta.
 D. S. Hernández.
 D. S. Larrea.
 D. S. Martínez.
 D. S. Peña Giménez.
 D. S. Solo de Zaldivar.
 D. S. de Toro y Sanchez.
 D. Salvador Rocaful y Castro.
 D. Santiago Martínez.
 D. Santiago Vila.
 D. Santos de Andrés.
 D. Santos Ortigosa.
 Sres. Siles y Ortega.
 D. Silvano Lagunas.
 D. Simón Mesonero.
 D. Sinfороso Gaspar.
 D. T. A. de Goxencia.
 D. T. de Barrio Losada.
 D.^a T. Carvajal, viuda de Morales.
 D. T. López Pulido.
 D. T. Martín.
 R. P. T. Rodriguez.
 D. T. de S. y Torres-Línero.
 D.^a Teresa Casas.
 D. Tomás Dominguez.
 D. Tomás de la Fuente Reinoso.
 D. Tomás Lezcano.
 D. Tomás Martín.
 D. Tomás Sanchiz.

D. Trinidad Delgado Cisneros.	D. Valentín Iglesias.
D. Ulpiano Errea.	D. Valeriano B. Rodriguez.
D. V. A. Ortega y Arnaiz.	D. Vicente García Page.
D. V. Escudero Pastor.	D. Vicente Martínez.
D. V. L. Martín.	D. Vicente Tascon.
D. V. Murillo Llorente.	D. Vicente Tezanos.
D. V. Pérez Díaz.	D. Victoriano Rosety.
D. V. Ponce.	Sra. Viuda de A. Cruz.
D. V. Ruiz del Castillo.	Sra. Vda. é hijos de J. Mas.
D. V. Sancho Lleó.	D. W. Cotelo del Olmo.
	D. Z. Puyal.

Los amantes de la buena literatura que deseen patrocinar esta obra de regeneración moral y literaria, pueden enviar sus donativos á la Administración de la BIBLIOTECA.

BIBLIOTECA "PATRIA,,

DE

OBRAS PREMIADAS

Obtuvieron premios en el primer Concurso las siguientes:

1.^a «LA GOLONDRINA», novela de D. Enrique Menéndez Pelayo.

2.^a «LA TONTA», novela de D. Ramón de Solano y Polanco.

3.^a «EPISTOLARIO», boceto de novela de D. Federico Santander Ruiz-Giménez.

4.^a «ALMAS DE ACERO», novela de D. José Rogerio Sánchez.

5.^a «LA HIJA DEL USURERO», novela de D. Estanislao Maestre.

6.^a «LA CADENA», novela de D. Manuel Amor Meilán.

7.^a «ENGRACIA», tradición hispano-romana, de D. Rafael Pamplona Escudero, (premio único otorgado al tema segundo del Concurso.)

8.^a «SELECTOS», colección de Cuentos de los Sres. D. E. Menéndez Pelayo, D. Lorenzo Lafuente, D. Ramón de Solano, don Teodoro Baró y D. S. Trullol y Plana.

Están de venta en todas las librerías al precio de **una peseta** cada tomo.

NOTA.—Se está publicando una serie de obras, fuera de concurso, de varios autores, teniendo ya á la venta:

El Buen Sentido. Novela, de D. Alfonso Pérez Nieva.

Cariños. Novela, de Angel Guerra.

Cuentos y trazos. de D. E. Menéndez Pelayo.

En la Costa. Novela, de D. Teodoro Baró.

César Luján. Narración, de D. Felipe Mathé.

Cantarín cautivo. Novela, de D. José Zahonero.

Un alma de Dios. Novela, del Sr. Marqués de Villasinda.

Mar afuera. Novela, de Angel Guerra.

En busca de la vida. Novela, de D. José Rogério Sánchez.

Almas rústicas. Novela, de D. E. Maestre.

El vagón de Tespis. Novela, de D. Mauricio López Roberts.

Resurrección. Novela, de D. José M.^o Rivas Groot.

La tramontana. Novela, de don Teodoro Baró.

Alma Mater. Novela, de D. Federico Santander Ruiz-Giménez.

La tierra prometida. Novela, de D. Rafael Pamplona Escudero.

La dulce obscuridad. Novela, de D. Alfonso Pérez Nieva.

La Obispilla. Novela, de D. Luis Martínez Kleiser.

El señor Benito. Novela, de D. Evaristo Rodríguez de Bedia.

Noche de ánimas. Novelas cortas, de D. Mauricio López Roberts.

Don Rodrigo en la horca. Narraciones históricas, de D. Javier Ugarte.

Magdalena Soliveres. Relato sencillo, de don Felipe Mathé.

Golondrina de presidio. Cuentos, de D. G. A. Martínez Zuviría.

La bella Cintia. Novela, de D. Manuel Amor Meilán.

Sartal de Cuentos, de Carlos María Ocantos.

Como se vive. Boceto de novela, de D. Lorenzo Lafuente Vanrell.

¡Por el nombre...! Novela dialogada, de don Federico Santander Ruiz-Giménez.

Vida trágica. Colección de cuentos, de Víctor Catalá.

¿Sin remedio?... Novela de costumbres, de Micaela Peñaranda y Lima.

Nuevos amores. Colección de cuentos, de Trindade Coelho.

Gusarapo. Novelas cortas, de Emilio Román Cortés.

Los humildes. Novela, de Grazia Deledda.

Fuegos fatuos. Cuentos, costumbres y anécdotas, de Luis Montoto.

El Amuleto. Novela, de Neera.

Peñas cantábricas. Novela cortá, de Rafael de Balbín y Villaverde.

Al amor de la lumbre. Colección de cuentos, de Norberto Torcal.

Del oído á la pluma. Narraciones anecdóticas, de Francisco Rodríguez Marín.

En marcha. Novela, de Enrique Castellnuovo.

Blasones y talegas. Novela, de D. José María de Pereda.

El Idilio de Robleda. Novela premiada, de D. Enrique Menéndez Pelayo.

Ninette. Novela premiada, de D. Vicente Díez de Tejada.

Rika. Novela premiada, de D. Francisco Danvila y Collado.

Luz. Novela de D. Lope Gisbert.

La novela de un prohombre. Novela, de don Angel Salcedo Ruiz.

Los Misericordiosos. Novela, de María de Echarri.

Boda y mortaja... Novela premiada, de don Rafael Pamplona Escudero.

El becerro de oro. Novela premiada, de Micaela Peñaranda y Lima.

Trozos de vida. Colección de cuentos, de Concha Espina de Serna.

Soledad Téllez. Narración breve, de Felipe Mathé.

La casa de Balsain. Novela dialogada, de Federico Santander Ruiz-Giménez.

Patronato especial de la prensa

HACEN PROPAGANDA DE LA BIBLIOTECA «PATRIA», COOPERANDO Á LA BUENA OBRA DE MORALIZAR Y ESPAÑOLIZAR LA NOVELA, LOS PERIÓDICOS SIGUIENTES: (1)

ESPAÑA

- Azul, (Zaragoza); Director, D. Eduardo de Ory.
Diario de Barcelona, decano de la prensa española; Propietario, Excmo. Sr. D. José A. Brusi; Dr., D. S. Oliver.
Diario Ferrolano, (Ferrol); Dr., D. Rafael Barcon Orta.
Diario de Gerona, Dr., D. Rafael Masó y Pagés.
Diario de Huesca, Dr., D. Mariano Martínez Jarabo.
Diario de la Marina, (Madrid); Dr., D. José Rodríguez Trujillo.
Diario de Mataró y su comarca, Dr., D. Salvador Llanos y Rabase.
Diario Montañés.
Diario de Navarra (Pamplona); Dr. D. Eustaquio Echauri.
Diario de Palma, (Baleares); Dr., D. Felipe Guasch y Vicens.
Diario de la Rioja, (Logroño); Dr., D. Francisco Loma Osorio.
Diario de la Tarde, (Málaga); Dr., D. Joaquín Puga Martínez.
Diario de Avisos de Zaragoza.
El Ancora, (Pontevedra); Dr., D. José Gómez Martínez (Zenítram).
El Automovilismo Ilustrado, (Barcelona); Dr., D. Pablo de Barnola.
El Avisador Numantino, (Soria); Dr., D. Vicente Tejero.
El Bien Público, (Mahón, Baleares); Dr., D. José León Coca.
El Buen Consejo, (El Escorial-Madrid); Dr., R. P. Raimundo González.

(1) Se insertan por orden alfabético.

- El Contribuyente, (Cádiz); Dr., D. Bernardo F. de Arjona.
- El Correo de Andalucía, (Sevilla); Dr., D. Rafael Sánchez Arráiz.
- El Correo de Cantabria, (Santander); Dr., D. Antonio del Campo Echevarría.
- El Correo Gallego (Ferrol).
- El Correo de Guipúzcoa, (San Sebastián); Dr., Excelentísimo Sr. Conde de Doña Marina.
- El Criterio Católico, (Cádiz); Dr., D. Miguel Alvarez Chape.
- El Cronista de Málaga.
- El Defensor de Albacete; Dr., D. Eliseo Ruiz.
- El Defensor, (Antequera); Dr., D. Andrés Godoy F. de Castañeda.
- El Defensor de Córdoba; Dr., D. Daniel Aguilera.
- El Defensor de Granada; Dr., D. Luis Seco de Lucena.
- El Defensor, (Segovia); Dr., D. Eulogio M. Higuera.
- El Demócrata, (Alicante); Admor., D. Abelardo L. Teruel.
- El Diario, (Albacete); Dr., D. Tomás Serna Gonzalez.
- El Diario de Avila.
- El Diario Español, (Madrid); Dr. D. Luis Gallego Nacar.
- El Diario, (Orihuela); Dr., D. Manuel Franco Rebagliato.
- El Eco de Cartagena (Cartagena); Admor., D. Andrés Palacios.
- El Eco de Navarra.
- El Eco de Orense.
- El Eco de Santiago, (Santiago-Coruña); Dr., D. Celestino Sánchez Rivero.
- El Faro del Hogar, (Sevilla); Dra., D.^a Josefa Gutiérrez de Fernández.
- El Globo, (Madrid); Dr., D. Martín Lorenzo Coria.
- El Lábaro, (Salamanca); Dr., D. Martín D. Berrueta.
- El Liberal, (Alicante); Dr., D. Francisco Guardiola y Ortiz.
- El Magisterio de Galicia, (La Coruña); Dr., D. Carlos Arias.
- El Magisterio Gallego, (Santiago de Compostela); Director, D. Celestino Buján Suárez.
- El Noticiero Bilbaino; Dr., D. Luis Echevarría.
- El Porvenir, (Avelés-Asturias); Dr., D. Isidro Pruneda.
- El Porvenir de Cádiz, (Cádiz); Dr., D. Antonio de la Calle y Lobo.

- El Previsor, Revista de seguros, (Madrid); Dr., D. José Ignacio de Urbina.
- El Propagador de la devoción á San José, (Barcelona); Dr., D. José María de Dalmases B.
- El Regional (Almería); Dr., D. J. Ambrosio Pérez.
- El Semanario Católico de Reus; Dr., D. José Ciurana. Matjó.
- El Tradicionalista, (Gerona); Dr., D. J. Font y Fargas.
- El Universo, (Madrid); Dr., D. Rufino Blanco.
- España y América; Dr., R. P. Benigno Díaz González.
- España y México, (Madrid); Dr., D. Manuel Escalante Gómez.
- Flores y Abejas, (Guadalajara); Redactor-Jefe, D. Luis Cordarias.
- Heraldo de Alcoy; Dr., D. Julio Puig Pérez.
- Heraldo de Gerona; Dr., D. Juan Antonio Espuñes.
- Heraldo de Huelva, (Huelva); Dr., D. Manuel Font Vidal.
- Heraldo Sevillano, (Sevilla); Admor., D. Luis Santigosa.
- Heraldo de Zamora, (Zamora); Dr., D. Enrique Calamita Matilla.
- La Atalaya, (Santander); Dr., D. Alejandro Nieto.
- La Crónica, (Guadalajara); Dr., D. Santos Bozal Moreno.
- La Cruz, (Alicante).
- La Cruz de Castellón, (Castellón); Dr., D. Juan Bautista Martínez, Pbro.
- La Defensa, (Huelva); Dr., D. Juan J. Alonso Jiménez.
- La Educación, (Madrid); Dr., Excmo. Sr. D. Eduardo Vincentí.
- La Enseñanza Primaria, (Castellón); Dr., D. José Marco Cheza.
- La Epoca, (Madrid); Dr., Excmo. Sr. Marqués de Valde-Iglesias.
- La Gaceta del Norte, (Bilbao).
- La Industria y el Pueblo, (Elche, Alicante); Dr., D. José Marín Martí.
- La Ilustración Española y Americana y la Moda Elegante, (Madrid); Dr., D. Alejandro Moreno y Gil de Borja.
- La Lealtad Riojana.
- La Libertad, (Málaga); Dr., D. Mariano Alcántara Ruiz.
- La Nueva Región, (Gijón); Dr., D. Pedro Pitiot Alvarez.
- La Publicidad, (Granada); Dr., D. Fernando Gómez de la Cruz.
- La Publicidad, (Madrid); Dr., D. Filiberto Abelardo Díez.

- La Provincia Gaditana, (Cádiz); Dr., D. José Larrahondo.
La Región, (Guadalajara); Dr., D. José M.^a Solano.
La Revista, (Alicante), Dr., D. Alfredo Guillén Pedemonti.
La Sagrada Familia, (Barcelona); Dr., D. Bernardo Montoliu, Pbro.
La Tarde, (Palma de Mallorca); Dr., D. Joaquin Domenech
La Tierra, (Cartagena); Dr., D. J. García Vaso.
La Ultima Hora, (Palma de Mallorca); Dr., D. José Tous.
La Unión Democrática, (Alicante); Dr., D. Rafael Sevilla
Linares.
La Verdad, (Murcia).
La Voz de España, (Madrid); Dr., D. Manuel de Vega
Lanseros.
La Voz de la Provincia, (Huesca); Dr., D. Vicente Carderera Callejas.
Las Noticias, (Cartagena); Dr., D. José Martínez Requena.
Madrid Científico, (Madrid); Dr. D. Augusto Krahe.
Mercantil Extremeño, (Badajoz); Dr., D. Antonio Sierra.
Noticiero Extremeño, (Badajoz); Dr., D. José López Prudencio.
Noticiero Granadino, (Granada); Dr., D. Juan Pedro Mesa de León.
Noticiero Universal, (Madrid); Dr., D. José Domínguez C. Andrés.
Nuevo Diario de Badajoz.
Razón y Fe; Dr., R. P. Pablo Villada, S. J.
Revista «Azul y Blanco», (Bilbao).
Revista Católica de las Cuestiones Sociales, (Madrid); Director, D. José Ignacio de Urbina.
Revista Portuense, (Puerto de Santa María); Dr., D. Luis Pérez Gutiérrez.
Semana Católica de Bilbao.
Unión Mercantil, (Málaga).
Unión Protectora Mercantil, (Palma de Mallorca); Director, D. Joaquín González Pagés.





JG - 3430

CASA DE BALSAIN, — FEDERICO SANTANDER,

B. P.